

Izquierda

¡POR LA REVOLUCION NACIONAL DE AMERICA LATINA!

LAS MILICIAS OBRERAS ARMADAS: BALUARTE DE LA REVOLUCION POPULAR ARGENTINA

SETIEMBRE DE 1955
Año I — Buenos Aires

2

Redacción y Administración:
A U S T R I A 2 1 5 6

SUMARIO

Hacia las milicias obreras armadas (Editorial)	Eduardo Astesano por Jorge Abelardo Ramos.
De Yrigoyen a Frondizi: el ocaso del radicalismo por Jorge E. Spilimbergo.	El moralismo y la utilización imperialista de la clase media de "Cadernos de Nosso Tempo".
La tragedia de la revolución rusa y el stalinismo por Juan Carlos Trejo.	El "bonapartismo" en las semi-colonias. por León Trotsky.
La unidad latinoamericana vista por	La oligarquía bonaerense y el control de Buenos Aires por Rafael Lescano.

NUESTRAS CONFERENCIAS

Las disposiciones derivadas del Estado de sitio vigente en la Capital Federal impiden que momentáneamente continuemos nuestras habituales conferencias de los Sábados en Austria 2156. Oportunamente haremos conocer a nuestros lectores la fecha en que reiniciaremos estas reuniones que tan auspicioso eco encontraron. No obstante, hacemos saber que la Biblioteca "Manuel Ugarte" y la Redacción de la revista "IZQUIERDA" atienden al público y a los lectores interesados todos los sábados a partir de las 18 horas, siempre en Austria 2156.

Izquierda

¡POR LA REVOLUCION NACIONAL DE AMERICA LATINA!

Golpe de Timón Hacia la Izquierda

EDITORIAL

El 31 de agosto fué la respuesta que la clase obrera argentina ofreció a la asonada imperialista del 16 de junio. Después del baño de sangre que los aviadores cipayos brindaron en la dramática jornada, pareció abrirse un período de retroceso en el proceso revolucionario. Todos los agoreros de la política se apresuraron a comunicar al mundo que si la revolución estaba vencida, el gobierno había muerto.

El análisis de las fuerzas sociales en presencia fué sustituido por la anécdota supuestamente originada en los círculos aúlicos. Los estadistas sin empleo manipulaban incansablemente el rumor en la misma medida que renunciaban a comprender la lógica interna del desarrollo. Los desplazamientos administrativos del aparato estatal eran objeto de hondas cavilaciones. Perón "estaba en manos de los militares"; la marina "seguía sublevada"; el ejército "imponía condiciones"; la era de la CGT "había concluido"; la revolución se deslizaba hacia su ocaso por la vía fría; al traducir sus deseos por realidades el imperialismo y sus agentes nativos no cometían ni el primero ni el último de sus errores fatales.

El 16 de junio había constituido la prueba más evidente del odio frenético de las fuerzas antinacionales contra el proletariado. La política de "pacificación" pareció a los bandidos derrotados el signo de un "cambio". Las bombas —susurraban estos tristes profetas— habrían persuadido al Presidente de la República que la Revolución había cumplido sus fines y que en consecuencia se imponía la tarea de "democratizar" el país, con el objeto de que los partidos directa o indirectamente asociados al imperialismo extranjero o a la burocracia soviética, gozasen pacíficamente las ventajas del parlamentarismo clásico. Los acontecimientos demostraron fehacientemente que no sólo la Revolución no había terminado, sino que en realidad se disponía a iniciar una nueva etapa en su desarrollo histórico.

La amenaza creciente de la conspiración imperialista después del 16 de junio obligó al régimen bonapartista a comprender dos cosas: Primero, que era impostergable proceder a una democratización de su propia base, en primer lugar del Partido Peronista. En segundo lugar, que no sólo la CGT debía continuar gravitando en los problemas políticos y económicos del país, sino que la participa-

ción obrera en estas cuestiones debía hacerse más amplia, elástica y profunda, puesto que el proletariado constituye la columna vertebral del proceso revolucionario.

La suplantación de Teisaire por Leloir fué el primer signo del nuevo curso político hacia la izquierda. Charlatanes de todo orden se apresuraron a designar a Leloir como "oligarca", en virtud de su condición de ganadero, vulgaridad que ni merecería el análisis si en el fondo no tradujera el pensamiento secreto de estos críticos superficiales; si un ganadero —pensaron— es colocado a la cabeza del Partido Peronista, la "democratización a la cipaya" es segura. Sin embargo, Leloir representaba, como fué haciéndose cada día más evidente, a las tendencias del radicalismo yrigoyenista tradicional, nacionalista y democrático, proteccionista y antiimperialista. Como no podía ser de otro modo, ese radicalismo había encontrado su cauce histórico en las filas de FORJA, durante la década infame, tendencia que se incorporó naturalmente al proceso de la Revolución popular desde 1945.

Los Forjistas han dado un paso al frente y este hecho se liga férreamente al proceso de democratización efectiva que está sufriendo el Partido Peronista, única vía para dotarlo de una bandera nacionalista y democrático-burguesa acorde con su significación social. Teisaire y su equipo encarnaban cabalmente el período funesto de la burocracia pura y sin pasado enquistada en el aparato estatal y en el Partido Peronista. En un artículo publicado en el N° 1 de la revista Izquierda calificábamos al Partido Peronista en la era de Teisaire como "esencialmente burocrático, de corte burgués, incoloro, inodoro y arribista por definición y naturaleza".

La crisis del 16 de junio ha permitido el resurgimiento de las tendencias auténticamente nacionales y antiimperialistas, que vivían sofocadas bajo la lápida del burocratismo triunfante en los últimos ocho años.

LA OFENSIVA IDEOLOGICA DEL PERONISMO

Por primera vez en mucho tiempo, si dejamos a un lado los discursos personales de Perón, el Partido Peronista pasa a la ofensiva ideológica. Este hecho reviste una gran importancia política al proyectar el debate de todos los problemas argentinos

al campo de las ideas. Los discursos de Leloir, de Cooke y de Bustos Piarro, son notablemente ilustrativos a este respecto, puesto que tienden a conectar el movimiento nacional peronista con las tentativas precedentes en la historia argentina y con movimientos más o menos similares en América Latina y el resto del mundo. Con esto se demuestra que, en realidad, el peronismo no es sino la expresión argentina del vasto ciclo de revoluciones nacionales contemporáneas que están haciendo vacilar los fundamentos mismos del imperialismo mundial.

Este entronque histórico, particularmente evidenciado en el discurso de Bustos Piarro, constituye la más importante batalla que haya librado hasta hoy el nacionalismo burgués contra los agentes imperialistas en la Argentina. Puede afirmarse en ese sentido que el actual equipo dirigente del movimiento peronista tiende a cerrar la gran fisura ideológica que debilitó a ese movimiento durante la mayor parte de su existencia. La transformación del Partido Peronista en un verdadero partido nacionalista burgués plantea nuevamente, con renovado vigor, la consigna del Frente Único Antiimperialista, alrededor de la cual deberían agruparse todos los partidos, grupos y organizaciones nacionales, proletarias y revolucionarias que aspiren a llevar hasta el fin la bandera de la revolución popular argentina.

Confírmase así la incomparable justeza de las posiciones y análisis que del peronismo y del moderno proceso político argentino hicieron desde 1915 los periódicos "Frente Obrero", la revista "Octubre" y, más recientemente, la revista "Izquierda", que al representar en el seno de la revolución los intereses históricos de la clase obrera, bajo la forma de una vanguardia consciente, obtuvo las más considerables victorias intelectuales del proceso revolucionario. Es en estos triunfos teóricos del marxismo donde puede anticiparse la inevitabilidad de la formación de un genuino partido obrero en el país.

A la luz de los ardientes acontecimientos actuales queda bien al desnudo la verdadera significación imperialista de aquellas calumnias y aquel barro que cubrieron a los redactores de "Frente Obrero" y de "Octubre" en 1945, procedente de la canalla cipaya, "marxista" o pseudo-internacionalista. Aunque las calumnias no han terminado, su carácter contrarrevolucionario ya no ofrece dudas. La confirmación resonante de nuestros análisis, sometidos a la prueba de fuego de diez años, constituye nuestro escudo sin mácula.

LA CONFUSION DEL PEQUEÑO BURGUES

La formidable demostración de masas del 31 de agosto demostró por otra parte, que nuestro proletariado está de pie, dispuesto a defender irremoviblemente sus conquistas revolucionarias. El pequeño burgués superficial, sólo advierte en estos vigorosos episodios la adhesión incondicional a un político. Pero el pequeño burgués pasa por alto el hecho de que todos los grandes movimientos que renuevan hasta el fondo una sociedad cristalizan sus aspiraciones e ideales en un hombre. Ese jefe, caudillo o monarca, según las circunstancias históricas o nacionales, encarna un sistema de intereses y de experiencias vitales de las clases o las masas.

Al pequeño burgués trivial le indignan los rasgos idolátricos de este fenómeno, olvidándose de examinar sus raíces materiales, que permitirían explicarlo. El pequeño burgués "progresista" o el incauto lector que lee "Propósitos" o las publicaciones stalinistas, no experimenta la misma indignación cuando advierte que en las manifestaciones de Moscú, inmensas multitudes pasean miles de re-

tratos gigantescos de Stalin. En este país nadie ha llamado a Perón, ni aún sus partidarios más exaltados, "Padre de los Pueblos" o "Sol de las Naciones". Sin embargo, durante el cuarto de siglo en que Stalin ejerció su dictadura en Rusia, eran estas las expresiones habituales en toda la prensa soviética. Lo mismo podría decirse de la época de Yrigoyen. Más importante que reunir una antología de ditirambos al Jefe de Estado para ridiculizar el movimiento que encarna, es estudiar las razones históricas, económicas y sociales que permitieron a un jefe militar transformarse en un caudillo popular.

La pequeña burguesía imperialista ha olvidado que la gigantesca traición que los socialistas y stalinistas cometieron contra el pueblo argentino en 1945 determinó, si así puede decirse, la formación del gran capital político del peronismo.

EL IMPERIALISMO Y EL CLERO

La lucha contra el clericalismo en la Argentina, la sanción de las leyes progresistas que la caracterizaron y la convocatoria a la Convención Constituyente para separar la Iglesia del Estado, han creado un frente único de todas las fuerzas oligárquicas e imperialistas con el fin de derribar al régimen revolucionario. Esta coalición produjo el 16 de junio. El sangriento motín evidenció la peligrosidad criminal de la Iglesia y sus connivencias con sectores militares. Tal circunstancia obligó al régimen bonapartista a articular democráticamente su propia base y a promover un debate ideológico de gran vuelo. La aparición del equipo de radicales revolucionarios al frente del Partido Peronista, provocó a su vez las furias desatadas de la cohorte imperialista, que ejerció una poderosa presión hasta en las cumbres mismas del aparato estatal y que llegó a jaquear al propio Jefe de Estado. Así fue como se produjo la renuncia del 31 de agosto y la subsiguiente movilización de masas, convocadas por Perón como una tentativa para demostrar ante la República, las fuerzas armadas, la burocracia y el imperialismo, que contaba con el enérgico apoyo de la inmensa mayoría del pueblo argentino.

La contraofensiva política de Perón lo llevó a destacar de una manera inequívoca el papel preeminente que la CGT desempeña en la estabilidad y consolidación de las conquistas revolucionarias. La concentrada violencia con que la oposición cipaya imperialista lucha contra el gobierno argentino, no sólo tiene un fundamento interior. En la medida en que los viejos partidos —radicalismo alvearista, conservador, socialista y comunista— son la prolongación de los intereses imperialistas o prosoviéticos en nuestro país, las modificaciones de la política mundial se expresan en la realidad argentina.

LAS CONSECUENCIAS DE GINEBRA

La Conferencia de Ginebra abrió una etapa de paz negociada entre Oriente y Occidente. Estados Unidos, baluarte de la contrarrevolución mundial, encontró en la delegación rusa la mejor disposición para llegar a un acuerdo provisorio sobre los problemas más importantes del planeta. El imperialismo yanqui ve postergada así, por un plazo que no puede de antemano definirse, el desencadenamiento de la tercera guerra mundial. La paz en Europa, por más precaria que sea, del mismo modo que las tentativas de acuerdo con Mao Tsé Tung en China, dejan al imperialismo yanqui las manos libres para resolver sus problemas en el resto del mundo. Como ha sido la costumbre tradicional de la burocracia soviética, el destino de América Latina la tiene sin cuidado. Al estar fuera de su cin-

tarón defensivo, el pueblo latinoamericano sólo interesa a la burocracia soviética como masa de maniobra en su diálogo con el imperialismo. De ahí que la conferencia de Ginebra tienda, en lo que a nuestro destino latinoamericano se refiere, a reemplazar una renovada ofensiva imperialista yanqui en el continente. Neutralizados circunstancialmente en Europa, los Estados Unidos vuelven sus ojos a América Latina y se disponen a liquidar con sus propios métodos los regímenes nacionalistas democráticos que hasta ahora no ha podido vencer y que en virtud de la tensa situación internacional se había resignado temporalmente a reconocer. Estamos en presencia de una nueva ofensiva imperialista interior y exterior cuyo propósito central es derribar del poder a Perón, decapitar a la CGT, destruir el movimiento obrero argentino y restablecer el equilibrio de fuerzas en nuestro país en directo beneficio de los partidos cipayos.

MILICIAS OBRERAS

La reciente proposición de la C. G. T. de ofrecer al Ejército las reservas obreras para defender la Constitución y las autoridades constituidas, son el primer paso hacia la organización de las milicias obreras armadas que habrán de constituir el incombustible bastión de la Revolución Popular argentina. Nosotros dirigimos nuestro ardiente saludo de combate a la poderosa central obrera de nuestro país y la invitamos a seguir adelante en el

largo y heroico camino que se abre a la revolución democrática. En estos momentos, la burguesía industrial, la burguesía comercial, los importadores y exportadores, la oligarquía ganadera, los partidos políticos cipayos y la Iglesia Católica han sellado su "Unión sagrada".

El imperialismo y sus agentes están resueltos a todo para voltear el régimen de la revolución. La formación de las milicias obreras armadas habrá de constituir la más adecuada réplica frente a todo "putsch" reaccionario.

Es preciso ahora completar la lucha contra la oligarquía que financia el terrorismo de sus hijos, con medidas que destruyan de una vez por todas su poder económico. La expropiación de las estancias, su transformación en cooperativas, la federalización de la Gran Buenos Aires, la nacionalización de los frigoríficos, asestarán un gran golpe a las fuerzas antinacionales y acentuarán el proceso de democratización económica de la Argentina.

Frente a toda tentativa del imperialismo de jaquear al movimiento nacional y popular, hay que disponerse a devolver golpe por golpe. Los muertos del 16 de junio son muertos sin sepultura. A los "demócratas" imperialistas a los nacionalistas oligárquicos vendidos a Wall Street, a los socialistas sin socialismo y a los comunistas de la traición permanente, el proletariado argentino les contesta: el fusil en el hombro del obrero es la única garantía de la democracia.

De Yrigoyen a Frondizi

LA CRISIS HISTORICA DEL RADICALISMO

por J. E. Spilimbergo

1. EL RADICALISMO RENACE DE SUS ESCOMBROS.

Parecía disolverse la Unión Cívica Radical al día siguiente del golpe militar; en realidad, se vigorizaba. La presencia de la oligarquía en el poder redujo a sus verdaderas proporciones los males del régimen depuesto, magnificados por la propaganda imperialista. Así lo comprendió el pueblo, y la victoria en la provincia de Buenos Aires lo demostró claramente.

2. ALVEAR ASUME LA JEFATURA: EL RADICALISMO CAMBIA DE SIGNO.

Pero la prisión y muerte de Yrigoyen abrieron un vacío que no pudo ser llenado. Movimiento embrionario y contradictorio, la Unión Cívica careció de programa e ideología, que completaran —depurándolas— las intuiciones históricas del caudillo. La inspiración personal de éste, suplió la ausencia de un pensamiento teórico elaborado; pero el centralismo personal impidió al partido sobrevivir a la puerta de su fundador y jefe.

La infiltración oligárquica que Alvear encabeza, encuentra el terreno preparado para llevar a cabo sus designios. La desorganización partidaria, producida por la derrota, aceleran este proceso. Con el triunfo interno del alvearismo, la Unión Cívica muere como movimiento popular. Sobrevive su forma; pero se lle-

na de un contenido contrario. El contubernio ha puesto sus huevos en el partido del pueblo.

3. ¿QUIEN ERA ALVEAR?

El nuevo jefe tiene larga trayectoria de militancia radical. Es uno de los revolucionarios de 1893. Durante la década del 20 los elementos oligárquicos infiltrados en el Partido se congregan a su alrededor. Como presidente (1922-1928) encabezó la reacción contra los postulados y la obra de Yrigoyen, a raíz de lo cual sobrevino la ruptura entre ambos jefes. Aún antes, había saboteado la política exterior del caudillo comprometiendo gravemente la posición del gobierno argentino. Es conocida su opinión favorable al ingreso de nuestra república a la Sociedad de las Naciones, justamente impugnada por Yrigoyen, quien la consideró un organismo al servicio del capital anglo-francés.

Hacia 1928, personalistas y antipersonalistas ya están escindidos en partidos independientes e irreconciliables. Estos últimos juegan decisivamente en la creación del clima civil para el golpe de setiembre.

Consumado el cuartelazo, lo saluda Alvear con estas palabras: "Yrigoyen ha jugado con el país; socavó su propia estatua y deshizo al Partido Radical... Yrigoyen no respetó ni las leyes ni los hombres. Cuando no se respeta a los otros, se pierde el derecho al respeto ajeno. Si fué neutral durante la guerra, fué porque para ser neutral no había que hacer nada. Como organizador y director de revoluciones, fracasó siem-

pre y la primera revolución que se lleva contra él, lo derriba y lo arrasa. Los personalistas son como la hiedra parasitaria: partido el árbol por un rayo, la planta se seca y muere" (declaraciones a A. P., publicadas en "Crítica"). Esto lo dijo en Francia. Más tarde, ya en la Argentina, añadió: "(Los sucesos del 6 de setiembre) fueron un mal necesario, pues Yrigoyen y su círculo estaban llevando al país al abismo, y la revolución impidió que se consumara el atentado... Los argentinos deben tener eterna gratitud a los hombres que en un momento dado se jugaron para ponerse al frente de la reacción y producir lo que era un anhelo general y casi unánime".

No son palabras éstas que recomienden a nadie para suceder a Yrigoyen. Pero así fué. Mientras el grueso de los antipersonalistas ingresaba a la Concordancia conservadora, Alvear se "reconciliaba" con el anciano caudillo, para recoger su herencia al día siguiente de su desaparición.

UN EQUIVOCO DE TRECE AÑOS.

En adelante, cambiará totalmente la fisonomía del radicalismo. Bajo el comando alvearista, la Unión Cívica será la oposición liberal al régimen de Justo. El nuevo jefe discute a Justo sus procedimientos políticos; pero bien se cuida de postular las orientaciones nacionales y sociales, que eran la esencia revolucionaria del yrigoyenismo. Oposición y gobierno confluyen en un punto: la defensa del imperialismo y de las condiciones sociales que hacen posible su dominación.

Desde luego, esta inversión de valores no trasciende inmediatamente, ni la percibe el pueblo al instante de haberse producido. La Unión Cívica cuenta con el apoyo de los sectores mayoritarios, quienes odian al régimen septembrino y son fieles a la tradición yrigoyenista.

Será necesaria la política de apoyo a Ortiz; la pugna por empujarnos a la guerra imperialista; los sucesivos contubernios que desembocan en la Unión Democrática, para que un abismo se abra entre las masas trabajadoras y el partido que ayer las representaba.

EL PLURIPARTIDISMO OLIGARQUICO.

La "década infame" permitió el libre juego de los partidos argentinos, a condición, claro está, de respetar el fraude. La oligarquía conservadora empuñaba el timón de la nave. Pero una minoría odiada no puede perpetuarse por la sola violencia. Es necesaria siempre la oposición tolerada, que canalice el descontento popular para traicionarlo y esterilizar sus posibilidades revolucionarias. Hasta 1936, socialistas y demócratas progresistas legalizaron el régimen concurrendo a elecciones fraudulentas. A cambio de ello, se les concedió el derecho a "protestar". Esta protesta —demás está decirlo— se dirigía a lo no esencial; pero jamás atacaba las bases mismas del sistema. El radicalismo, por su parte, englobó a amplios sectores de clase media y a formaciones burguesas y aún proletarias. Salvado el matiz inevitable, su función fué también la de escape de seguridad. Oposición y gobierno —éste con la violencia y aquélla con la perfidia— impedían, precisamente, lo que había que impedir a toda costa: el surgimiento de una gran fuerza popular, heredera auténtica del movimiento de Yrigoyen.

Los sucesos del 45 liquidaron este perfecto equilibrio de bandoleros y estafadores. El nuevo movimiento había surgido, la revolución reanudaba la marcha. "Izquierdas" y derechas de la Argentina oligárquica se unieron. La Unión Democrática, presidida por Tamborini, ex-ministro de Alvear, fué el primer paso en un camino que, por ley inevitable, llevaba a las fuerzas reaccionarias a estrechar filas en torno a un

solo partido. La Unión Cívica Radical alvearizada se transformó en la oposición viable contra Perón. Los partidos menores, inaptos para afrontar las nuevas circunstancias, entregaban al radicalismo su caudal electoral.

EL MOSAICO RADICAL.

La reacción argentina se da cita en la Unión Cívica. El contubernio se instala en lo que, bajo Yrigoyen, fué ariete contra el contubernio. El radicalismo de hoy, más que un partido, es un frente único hilvanado con un hilo inconfundible: el "antiperonismo", o mejor aún, la oposición de derecha al movimiento de las masas. Pero tras esa oposición está la mano del imperialismo y de sus agentes oligárquicos.

Hay otras dos razones que agudizan la heterogeneidad radical.

La oposición antiperonista no es socialmente homogénea. Junto a sectores oligárquicos —netamente reaccionarios— hay otros de carácter popular, manejados por la oligarquía. Tal es el caso de las clases medias urbanas, de las cuales, un importante sector milita en la oposición. La naturaleza de sus variados componentes diversifica ideológicamente a la Unión Cívica Radical. La fracción intransigente de Frondizi, afirma oponerse a Perón desde la izquierda; y al mismo tiempo denuncia que sus comilitones unionistas, lo combaten por motivos reaccionarios, es decir, desde la derecha.

Hemos visto que el contubernio, más que un frente de partidos, es hoy un solo partido formalmente unificado: el radical. Vimos también que su heterogeneidad refleja la complicada estructura de sus fundamentos sociales. Hay que agregar lo siguiente: todo contubernio es, por "imperativo categórico", político. Y si no, no sirve. Su función específica es atraer a la política oligárquica fuerzas que en sí mismas no son oligárquicas. Ello es imposible para los agentes declarados del capital extranjero. Hay, pues, que enarbolar un izquierdismo demagógico, que pueda enganar a las masas, restando al gobierno popular su base de sustentación. Así actuaron, frente a Yrigoyen, Juan B. Justo y Lisandro de la Torre. Hoy esa función corresponde a la intransigencia ortodoxa que acaudilla el doctor Arturo Frondizi.

El mal de esta política no es sólo su "competencia desleal" hacia el partido que cuenta con el apoyo del pueblo y el odio correlativo del imperialismo. Ella obstaculiza la aparición de fuerzas políticas que, dentro del proceso revolucionario, pugnan por superarlo dialécticamente, librándolo de contradicciones que, de subsistir, comprometen su futuro y aún su presente.

LA INTRANSIGENCIA DE FRONDIZI.

En torno al radicalismo se congrega, como hemos visto, la reacción social argentina. Al mismo tiempo, a partir de 1946, prodúcese el ascenso de la "izquierda radical". Frondizi se convierte en jefe máximo del Partido. ¿Qué significa esta contradicción? Refleja, por un lado, la izquierdización global del país, a consecuencia del triunfo revolucionario. Por el otro, la necesidad de poner al frente del partido oligárquico una jefatura que en lugar de expresarlo, lo disfraza.

Con voz austera dice Frondizi al presidente de la República, que no está dispuesto a afrontar ninguna transacción contubernista con el peronismo. Nos parece muy bien. Pero olvida Frondizi que su tendencia —si que tomamos al pie de la letra sus postulados—, vive en contubernio permanente con los que él mismo califica de opositores reaccionarios de Perón: dentro del partido, con el sector unionista. Fuera y dentro, con el clericalismo pro-imperialista. En el mejor de los casos, la intransigencia mantuvo una neutralidad benévola hacia el golpe de la marina, di-

rectamente inspirado por Washington. Mientras se asumen estas actitudes concretas, se dice y se escribe... que Perón se ha entregado al imperialismo. Si así lo probara el doctor Frondizi, la conclusión sería evidente: él y Perón son agentes imperialistas.

Considerado en sí mismo —si olvidamos su dependencia funcional al frente oligárquico— el movimiento que encabeza Frondizi constituye una variante progresiva con relación al alvearismo, del cual emerge.

No en vano, su base social más importante, es la pequeña burguesía urbana. Esa pequeña burguesía es antiperonista por diversas razones, que nos limitamos por ahora a esbozar: la influencia ideológica del imperialismo "democrático"; su pérdida de significación social conforme se aburguesa el país y pasa a primer plano el movimiento obrero; la falta de ideología nacional-burguesa (el peronismo no la ha suministrado) capaz de asimilarla intelectualmente al proceso revolucionario; los aspectos políticamente reaccionarios del actual régimen (en parte, herencia del equipo nacionalista y militar; en parte, inherente a su carácter burgués); el empobrecimiento relativo de ciertos sectores; su odio de casta hacia el proletariado, espina dorsal de la revolución; el haber sido sus sectores más antiguos, una superestructura parasitaria de la vieja Argentina agrícola-ganadera.

ORIGENES IDEOLOGICOS DEL FRONDIZISMO.

Es necesario advertir, siquiera someramente, que aunque sostenga descender de la tradición irigoyenista, el frondizismo nada tiene de común con ella. Por ejemplo, probaremos más adelante, que sus teóricos tergiversan o malinterpretan la función histórica de Yrigoyen; sus aciertos y sus errores; el significado de la abstención como arma política; las relaciones del jefe radical con Alem, Mitre y Roca, etc.

Frondizi, personalmente, inicia su "cursus honorum" en el Frente Popular, que inspiraron los comunistas y presidió, bueno es recordarlo, don Marcelo T. de Alvear. No lo decimos para remover cuentas viejas, sino porque en la actualidad el maridaje stalino-frondizista salta a la vista para quien quiera ver. Ambos se oponen a Perón desde la izquierda... demagógica. Su arsenal ideológico y sus consignas muestran un gran paralelismo. No se sabe, a veces, si Frondizi copia a Codovilla o Codovilla a Frondizi. Son viejos amigos, pues militaron juntos en la Unión Democrática.

Pero mientras el sector intransigente de Frondizi, permanezca tado al Partido Radical, prevalecerá su aspecto reaccionario. Los mismos planteos natiimpe-

rialistas y sociales; el afán por superar el "contrerismo" reaccionario, se tornan, a la postre, demagógicos. Una ley inflexible condiciona las perspectivas de la fracción que responde a Frondizi: todo el antiperonismo de derecha, todas las clases y sectores contrarrevolucionarios se nuclean en torno a la Unión Cívica, que es el único partido opositor con fuerza electoral. El proletariado, clase sin la cual una política antiimperialista se disuelve en palabras, da, por ese mismo motivo, la espalda a los radicales. Como jefe del radicalismo en el gobierno, no tendría Frondizi —con independencia de sus intenciones— la menor base social con la cual cumplir el programa "revolucionario" que promete. Como cabeza de la oposición, su intransigencia frente al gobierno apoyado por las masas, se contradice con sus claudicaciones hacia la derecha oligárquica. Esas claudicaciones, repitámoslo, se originan en el seno mismo del partido y aún de la fracción que él encabeza.

CONCLUSIONES

Antes de considerar al "frondizismo" como una corriente auténticamente popular y antiimperialista, deberá éste romper con el radicalismo oligárquico (que no está solo en el unionismo, sino también en amplios sectores de la intransigencia), para afrontar la acción política independiente. Deberá abandonar la estéril tentativa de "aprovechar" todos los antagonismos suscitados por el movimiento peronista, sin discriminar sobre el contenido concreto que los anima: tal, por ejemplo, su complicidad con la Iglesia y el golpe militar del 16 de junio. Deberá reconocer la nueva base histórica creada por la revolución de octubre, sin lo cual es imposible equipar ideológicamente a los jóvenes militantes. Está obligado, por último, a reorientar la lucha contra el peronismo, para superarlo auténticamente por la izquierda, sin hacerle el juego a la agitación reaccionaria del frente imperialista, que combate a Perón, no por sus claudicaciones sino a pesar de ellas. No creemos que la intransigencia de Frondizi se abra paso hacia una acción independiente. El abismo que la separa del proletariado, la pone a merced de los Hamlets de la pequeña burguesía. Pero la mejor juventud intransigente encontrará la auténtica postura nacional y social, a la que aspira, en la lucha por una organización autónoma llamada a empalmar con el movimiento de las masas, manteniendo total independencia frente al mecanismo burocrático del Estado y del Partido Peronista. Los más lúcidos al madurar su experiencia teórica y práctica, entenderán, por fin, que la creación del Partido Obrero Independiente, custodio e impulsor del proceso revolucionario, es la tarea fundamental de la hora.

La Unidad Latinoamericana Vista por Eduardo Astesano

por Jorge Abelardo Ramos

El libro "América Latina: Un país" cuenta, entre otros, con dos adversarios: uno es el ex-diputado Visca, que lo secuestró sin leerlo, y el otro es Eduardo Astesano, que lo ha leído sin comprenderlo. Está muy lejos de nuestro ánimo exigir a Visca que aprenda a leer al solo efecto de informarse de las ideas contenidas en el libro confiscado hace seis años. Antiguo hombre de Fresco en la Provincia de Buenos Aires, su predilección por

los problemas de la cultura y la historia argentina no ha sido nunca resonante. Astesano, en cambio, es susceptible de reclamaciones más serias. Abogado y escritor, es autor de media docena de libros sobre historia y economías argentinas que constituyen una contribución estimable, aunque insuficiente, para la dilucidación de nuestro pasado.

Sin embargo, Astesano, como Puiggrós, no han logrado emanciparse todavía de la doble tutela

ideológica que gobernó la mayor parte de su vida consciente: la burocracia soviética en el plano político y la ideología mitrista en el dominio de la historia. Esta rara aleación, por otra parte, no sorprenderá a ningún espectador de la política y la cultura argentina en el último cuarto de siglo. Toda la vieja izquierda directa o indirectamente se fundió en esa alianza infecta. La década infame presenció su apogeo. La Unión Democrática de 1945 selló esa hermandad de sangre.

STALIN Y PERON

Es cierto que Astesano y Puiggrós, después de haber pasado por el pantano del Frente Popular, de haber saludado alborozados la no menos pérfida guerra imperialista y de haber doblado su cabeza bajo los arcos triunfales de la Unión Democrática de 1945, rompieron con el Partido de Codovilla. Ahora son más peronistas que Perón y más stalinistas que Stalin. Tal es la medalla y la contra-medalla de su posición actual. Puiggrós espera que si Moscú moviliza otro pelotón de fusilamiento y caen los dioses del día, los nuevos señores del Kremlin se acuerdan que él existe en la Argentina y de que posee todas las condiciones requeridas para reemplazar en su puesto a Codovilla, viejo agente de la G. P. U. en América del Sur. Toda la estrategia de Puiggrós y de Astesano gira alrededor de esa sangrienta esperanza. Mientras su hora llega, proclaman a voz en cuello la aparición de un segundo peligro amarillo: el trotskismo. Como en los procesos del "delirium tremens", sus ojos se pueblan de monstruos.

En su periódico "Clase Obrera", Astesano ha publicado recientemente un artículo titulado "Una concepción reaccionaria. América Latina: Un país". No me propongo en estas rápidas observaciones examinar el contenido completo de este artículo, pues su autor ha batido un verdadero record al introducir tantos errores en tan poco espacio. Astesano (cuya rusofilia lo perturba) declara al comenzar que "Stalin ha sido el teórico que encontrara las líneas generales del problema en su obra cumbre: "La cuestión nacional y colonial". No pondremos en duda que este libro sea la obra cumbre de Stalin, mejor aún, la única que reviste cierto valor teórico. Tampoco ha sido puesto en duda que fué escrita bajo la directa inspiración de Lenin, encontrándose éste en Cracovia, de donde mandó llamar a Stalin para sustraerlo a las intrigas a que se libraba el georgiano en la redacción de la "Pravda", en Moscú. Aprovechando el carácter rudimentario de la cultura de Stalin, que lo volvía más maleable para las sugerencias, indicaciones y precisiones de Lenin, el jefe bolchevique ruso planeó en Cracovia dicha obra, que debía plantear, por primera vez de manera orgánica, las ideas que sobre la cuestión nacional había expuesto el mismo Lenin en sus artículos anteriores, particularmente en su polémica con Rosa Luxemburgo. De este modo y con la ayuda que en Viena le prestó Bujarin, Stalin escribió el ensayo que hace poner los ojos en blanco a Astesano. Así quedó consagrado como "teórico". Por supuesto, la hazaña no volvió a repetirse, porque nunca más Lenin volvió a encontrar necesario dictar libros que otros firmen. Este curioso fenómeno de "trabajo en colaboración" no es infrecuente en los movimientos revolucionarios, y en los otros movimientos. Surge de las necesidades de la vida misma y debemos ver estas simulaciones teóricas con ojos piadosos. Pero no es nuestro propósito arrebatarse laureles de las sienes de Stalin. Por el contrario, debemos reprochar a Astesano que no haya reflexionado más seriamente acerca de ese libro que pensó Lenin y firmó su epígono.

En vez de considerar los escritos del verdugo de la Revolución Rusa como una urna de la cual

mana incesantemente un halo sagrado, Astesano debería evaluarlos como productos de la lucha de clases. Y, en consecuencia, debería deducir de ellos su núcleo viviente, incorporando todo el resto al osario común de las ideas, al museo de los pensamientos muertos.

¿Ha olvidado Astesano quizás la excelente definición que da Stalin (Lenin) acerca de la nación? Nosotros se la recordaremos: "Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología manifestada está en la comunidad de cultura".

Resulta evidente aún desde el punto de la seca escolástica staliniana, que América Latina es una nación sin constituirse. Pero mucho antes que Stalin hiciera su aparición sobre la tierra y nos donase su definición, ayudado por Lenin, Francisco de Miranda, Simón Bolívar, San Martín y Monteagudo habían realizado sorprendentes marchas militares y campañas políticas a lo largo y a lo ancho de nuestro continente enarbolando la divisa de nuestra unidad nacional. Esta idea no había florecido de una manera repentina en el cerebro de los libertadores de nuestro continente, sino que más bien "en el principio fué la acción". Esto es, la realidad había indicado que constituíamos una comunidad nacional, primero bajo la Corona española y luego mediante las Juntas revolucionarias nacidas en 1810.

Sin embargo, Astesano aparenta ignorar que las fuerzas centrífugas de carácter económico que operaban en América Latina, ayudadas por el capitalismo de la época, balcanizaron nuestra unidad política y contribuyeron poderosamente a formar veinte repúblicas, sin otra justificación para ser soberanas que su propia debilidad para fundirse en una nación de importancia mundial.

Pero ni la dialéctica marxista, ni siquiera la lógica aristotélica parecen frecuentar las vigilias de Astesano. Ha heredado de la escuela staliniana una encantadora insensibilidad para manejar las ideas: de una manera ostensible las subordina a su propósito político del día, preocupándose poco de su coherencia interna. Por eso no tiene ningún inconveniente en escribir que "la existencia de una nación no se demuestra por lo que piensan o no sus teóricos sino por la existencia real de los factores de comunidad, territorio, idioma, organización económica y cultural que la constituyen. Hablar de "América Latina: Un país" es negar al mismo tiempo que la Argentina es un país desprendido de la América colonial, estado multinacional en el que España oprimía a un conjunto disperso de nacionalidades, de españoles nativos en formación y de viejas nacionalidades indígenas. Es negar todo el proceso de las guerras civiles para constituir la nación argentina que culmina en la Constitución de 1853".

Es evidente que hasta un egiptólogo se sentiría desalentado ante este párrafo. Si la Argentina tiene las características formales de una nación es porque no ha podido integrarse hasta ahora en una nación latinoamericana. De la misma manera, antes de 1870, Prusia era para los Astesanos de Alemania del Sur, una nación, como lo era antes del mismo año Padua, Milán o Turín, en Italia. Hoy, para toda la innoble cipayería que habita este continente, Panamá es una nación, aunque todos sabemos que no es más que la provincia del norte de Colombia que los bandidos imperialistas de los Estados Unidos le arrebataron mediante una revolución de palacio a Colombia, por negarse el Senado de esta última a conceder al imperialismo la concesión para construir el Canal de Panamá. Astesano se declara reiteradamente marxista, pero no lo prueba.

Este extraño "nacionalismo" que consiste en

concederle categoría de nación a cualquier formación estadual nacida de un accidente fronterizo, es uno de los recursos más habituales que maneja el imperialismo para obstaculizar la formación de verdaderas naciones. A la burocracia soviética no le disgusta que exista la nación panameña, la nación guatemalteca, la nación argentina, porque constituyen otras tantas playas de desembarco para sus maniobras diplomáticas, su intercambio comercial o sus "ligas de amantes de la paz". De esta manera, para los burócratas de Moscú, el registro de actitudes tácticas en cada una de estas "naciones" para sus relaciones con los Estados Unidos, es prácticamente ilimitado. A la burocracia soviética le conviene la balcanización de América Latina; para los Estados Unidos esta balcanización es el pre-requisito de su dominación mundial.

Por otra parte, Astesano habla "de la América colonial, estado multinacional en el que España oprimía un conjunto disperso de nacionalidades, etc.". Pero América colonial no era un estado multinacional (la cabeza de Astesano está llena siempre de cuestiones rusas) sino que formaba parte del Imperio español-americano, donde tanto los hombres de la metrópoli como los de la colonia hablaban la misma lengua y donde los españoles residentes habían enraizado sus intereses con América a tal punto que en el movimiento de independencia figuran tanto españoles como americanos nativos. En cuanto a las nacionalidades indígenas, recaemos en el charlatanismo pequeño burgués tradicional del indigenismo, tan caro al imperialismo colonizador, protector generoso de todas las tentativas diversionistas para encontrar en América Latina la heterogeneidad cultural y política necesarias a la hegemonía yanqui. Estas viejas "nacionalidades indígenas", como dice Astesano, se han incorporado por obra del desarrollo económico a nuestro mundo idiomático en su mayor parte o están en camino de hacerlo. Suponer que los aztecas, los mayas o los guaraníes pueden tener en nuestros días un desarrollo autónomo, no es ya ejercer la poesía del atraso sino entrar en el juego que el imperialismo requiere para su estrategia en América Latina.

Una observación al pasar, simbólica para caracterizar la filiación mitrista-staliniana de nuestro autor: afirma que la Nación argentina se constituyó en 1853. Para Mitre y para Grosso sí, para nosotros, no. En 1853, no sólo no se constituyó la Argentina como Estado, sino que comenzó un feroz ciclo de guerras civiles y de conflictos internacionales que duró treinta años y cuya principal figura fué Bartolomé Mitre, jefe de la burguesía comercial de Buenos Aires.

Recién en 1880, a través del ejército encabezado por Roca, la Argentina pudo constituirse, recuperando Buenos Aires, su capital histórica, mediante el apoyo de las provincias mediterráneas. Pero el Frente Popular ha dejado hondas huellas en la formación intelectual de Astesano: uno de los principios inconmovibles del Frente Popular de la década infame era que la Constitución del 53 era la vaca sagrada, el muro de nuestra Jerusalem. Asombrado de que nuestras ideas no sean traducidas del ruso, Astesano declara con horror que él no sabía nada de esta "novedosa teoría de que América latina es un país". Decir que esta teoría es novedosa es exagerar un poco, a menos que se considere novedosa la Revolución Francesa, en la que Francisco de Miranda intervino como general de sus ejércitos y cuya nutrida correspondencia de la época registra sus tentativas por independizar la América española, que consideraba como una sola nación. Si la teo-

ría ha llegado a ser una novedad para Astesano, eso no significa que lo sea para el Continente. En todo caso, significa que Astesano empieza a familiarizarse con los problemas de América Latina. Su Camino de Damasco —de Moscú a Buenos Aires—, en realidad no ha concluido. La frecuentación de nuestros temas nacionales, es decir latinoamericanos, le deparará nuevas y fecundas sorpresas. Por ahora (conmovido, alelado, confundido) Astesano considera que luchar por la unidad nacional de nuestros pueblos es "una concepción idealista, romántica, que se desarrolla fundamentalmente en los grupos intelectuales" y que se trataría de un "latinoamericanismo de exhibición", que consigue adeptos "precisamente en los sectores de la pequeña burguesía de origen extranjero (españoles, italianos, judíos) por lo general ajenos a lo concreto de la cuestión nacional local, que encuentran cómodo adherirse a un nacionalismo "sui-generis" latinoamericano, verdadera variante del internacionalismo abstracto en que viven".

¡Bravo, Astesano, de los ballets de Kachaturian a la zamba de Vargas! Durante muchos años Puiggrós, Astesano y toda su generación vivieron a la rusa. Se era de Boedoskaia o no se era nada — como cuenta Castelnuevo que decía Méndez Calzada. La Argentina era una isla exótica en la que estábamos condenados a vivir, pero nuestro corazón estaba en Moscú, ¡camaradas! Para lo único que servía este país era para distribuir "Lampazo" en los cuarteles y hacer manifestaciones en la Boca propugnando una "Argentina soviética". Pero todo eso pasó.

DE RUSIA A BOEDO

Podríamos decir que pasó definitivamente el día en que la clase obrera argentina se puso en movimiento y aplastó de un solo golpe a los viejos partidos sobrevividos. Hubo que hacerse de nuevo, recrearse ideológicamente. Aunque no lo hayan hecho del todo, éste es uno de los méritos de Puiggrós y de Astesano. Pero al retornar espiritualmente al país en que vivían, empezaron por hacerse nacionalistas argentinos. Esto ocurrió por dos razones: porque recién descubrieron el país y porque este género de nacionalismo es el que conviene a la política internacional de la burocracia soviética. De ahí que habiendo retornado de Moscú a Buenos Aires o a Rosario, se hayan quedado aquí. América Latina vuelve a aparecerles algo fabuloso, extranjero, ajeno, impropio. Por esa delicada razón, Astesano se alarma de que nuestro libro "América Latina: Un país" haya podido significar "el fundamento de una penetración económica y política que no ambicionamos, constituyendo una gran piedra en el camino del armónico desenvolvimiento de los movimientos sudamericanos que se basan en nacionalismos locales, exacerbados en las luchas y por lo tanto susceptibles en sumo grado en sus relaciones internacionales".

Astesano parece un Ministro de Relaciones Exteriores que no desease ofender al Departamento de Estado con alusiones poco tranquilizadoras con respecto al irreversible objetivo de nuestra unidad nacional. Para un revolucionario la gran bandera de Bolívar y de San Martín no puede ser sujeto de consideraciones localistas, generalmente alimentadas por el imperialismo. La realización de la unidad nacional de América Latina y de su Revolución agraria coronará la época grandiosa que nos toca vivir. Ni el stalinismo, como ideología del pasado, ni el imperialismo yanqui como punta de lanza de la reacción contemporánea, podrán impedir esta gigantesca empresa que históricamente reposa sobre los hombros de la clase obrera latinoamericana.

La Oligarquía Bonaerense y el Control de Buenos Aires

por Rafael Lescano

UNA revista de gran circulación ha realizado no hace mucho una encuesta sobre si Buenos Aires debe seguir siendo la capital del país. Nuevamente se habló del monstruoso desarrollo del gran puerto rioplatense y del contraste con las provincias interiores, más pobres y atrasadas. Causa de estos fenómenos sería la permanencia de las autoridades nacionales en la actual capital de la República, y remedio, trasladarlas a otro lugar.

Tras esta enmarañada sucesión de errores, se encubre un propósito reaccionario que conviene analizar.

LA FEDERALIZACION DE BUENOS AIRES LA IMPUSIERON LAS PROVINCIAS

Comencemos por deshacer un equívoco. Durante más de medio siglo, el pueblo argentino luchó por quitar a la oligarquía el monopolio de la Aduana del Plata, principal fuente de recursos fiscales e instrumento de política tarifaria.

La federalización del '80 fué impuesta a sangre y fuego, contra una oligarquía que prefería dividir el país antes que entregarle su capital histórico.

¿Por qué notable alquimia estos "federales" de 1955, estos campeones de la causa provincial, invierten soluciones y proponen deshacer lo conquistado en el '80?

¿Qué significa la tan mentada desfederalización?

SIN CENTRALISMO NO HAY REVOLUCION POPULAR

Significa, por la inevitable referencia a precedentes históricos hoy superados, identificar al gobierno nacional residente en Buenos Aires con la supuesta defensa de un porteñismo hostil al interior argentino. Se suele decir lo mismo cuando se bate el parche del excesivo "centralismo" del gobierno nacional y se lo acusa de "allanar" las autonomías provinciales.

No es lugar éste para criticar a fondo tal concepción. Baste decir que la contrarrevolución oligárquica ha enarbolado siempre —como uno de los aspectos de su lucha en pro de la "democracia"— la sacrosanta bandera de un federalismo sui generis.

Pedir "democracia" para preparar impunemente su golpe reaccionario, es algo grato al imperialismo, a cuya dictadura mundial repele que los países sometidos centralicen sus defensas políticas para defender revolucionariamente su propia existencia.

SIN CAPITAL EN BUENOS AIRES NO HAY PROCESO REVOLUCIONARIO

Significa, en segundo término, quitar al curso revolucionario su principal sostén de masas: el proletariado de Buenos Aires y sus alrededores.

Porque no es ya Buenos Aires, como durante el siglo pasado, el centro comercial y administra-

tivo enfrentado al país, sino el emporio industrial que cobija en su seno al sector más considerable del proletariado argentino, espina dorsal del proceso de la revolución.

La gran huelga general del 17 de Octubre de 1945 impidió a la oligarquía retornar al poder. ¿Qué desenlace habrían tenido los sucesos de aquel año si el asiento del gobierno hubiera estado fuera de Buenos Aires, sin la sólida presencia de la clase trabajadora?

Los aparentes adalides de los fueros provinciales, lo que en realidad buscan es reducir al proletariado a un papel político subalterno, permitiendo a minorías impopulares intentar con éxito sus golpes reaccionarios.

Los federales del siglo XIX luchaban contra Buenos Aires, es decir, atacaban a la oligarquía. En nombre de ésta, los "federales" de 1955 atacan a Buenos Aires, es decir, a su clase obrera industrial.

LA REVOLUCION Y LOS "CABECITA-NEGRAS"

No es ocioso señalar que el nuevo proletariado surgido de la industrialización, es en principal medida de origen provinciano. Trae consigo una firme tradición de federalismo democrático, eminentemente nacional y antioligárquica. En sus nuevas condiciones de existencia, adquiere rápida formación sindical y política y se aglutina según sus intereses de clase.

El antiporteñismo trasnochado de los agentes oligárquicos pasa por alto el hecho de que el pueblo de la provincia tiene en el proletariado industrial de Buenos Aires su principal aliado, y en los trabajadores provincianos que en gran medida lo integran, su representación más lúcida, consistente y revolucionaria.

La provincia vive en la capital de la República a través de los contingentes obreros que ha enviado en los últimos años. Trasladar el gobierno nacional significa separarlo de las numerosas falanges de "cabecita-negras" que se han convertido en celosos custodios de la revolución popular iniciada en 1945.

SIN REVOLUCION POPULAR NO HAY INDUSTRIALIZACION DE LAS PROVINCIAS

Señalemos por último, que el problema del desequilibrio económico entre Buenos Aires y el interior del país, está mal planteado, mal explicado y mal resuelto.

Mal planteado, porque no existe tal desequilibrio entre la ciudad porteña y el país, sino entre un puñado de provincias —casi diríamos la de Buenos Aires— y las restantes.

Mal explicado, porque a eso hemos llegado, no por factores políticos sino por otros muchos más profundos.

Al entrar la República en la órbita del imperialismo mundial, éste tomó la zona pampeana

y la desarrolló fantásticamente, de acuerdo a sus propias necesidades de consumo. El resto del país fué económica y políticamente arrasado, destruidas sus industrias y transformado en un collar de "provincias pobres", en realidad, empobrecidas. Esto ocurrió bajo Rivadavia, Rosas y la gobernación de Mitre, cuando Buenos Aires no era capital de la República. La federalización la impusieron las provincias para asegurarse un gobierno nacional que las defendiera. Si así no ocurrió —o ocurrió a medias—, no fué por la federalización, sino a pesar de ella. El motivo ha de encontrarse en la fuerza incontestable y la brutal presión ejercida por el imperialismo mundial.

Mal resuelto, por último, porque ninguna solución a este problema podrá encontrarse fuera del proceso revolucionario o contra él.

Es inaceptable y regresivo cuanto propenda a la liquidación del proletariado como fuerza, trasladando el centro político del país fuera de su inmediata vigilancia.

Sólo la activa y directa participación popular y obrera logrará derrotar a la oligarquía y el imperialismo, principales usufructuarios del atraso argentino, que buscan perpetuar la postración y relegamiento de las provincias interiores, impidiendo su industrialización.

Porque contaba con el apoyo de los trabajadores, pudo el actual gobierno levantar en Córdoba, a través del IAME, los primeros rudimentos de la industria pesada.

DIVIDIR A LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES ES DIVIDIR A LA OLIGARQUIA TERRATENIENTE

Ya hemos visto que los críticos de la ciudad de Buenos Aires como capital de la República hablan de la hipertrofia porteña, pero nada dicen sobre la expansión de la provincia de Buenos Aires, que es su basamento.

El olvido no es casual. Atacar a la provincia significa atacar a la oligarquía, a la cual, quiéranlo o no, ellos defienden.

Si algo demostró el "mercantismo" fué que la oligarquía es capaz de mandar en la provincia, no sólo desde el gobierno sino también desde la oposición.

Su fuerza política deriva de su fuerza económica, en gran medida intacta.

La provincia de Buenos Aires una e indivisible, hace una e indivisible la expresión política de la oligarquía. Tal concentración de fuerzas crea, junto al poder central, otro que le hace sombra. Obstaculizada y tenazmente, la lógica de los hechos convierte a este último en instrumento directo o indirecto de la oligarquía.

Pero la Provincia de Buenos Aires puede ser dividida. Puede y debe cortarse en tres pedazos la cabeza que amenaza a la nación. Por ley inherente a la física política, sus tres sectores, separados, no suman lo que unidos.

FEDERALIZAR LA GRAN BUENOS AIRES ES RESTITUIR SU VERDADERO ROSTRO POLITICO A LA CAPITAL DE LA REPUBLICA

Simétrico a éste es el problema de que Buenos Aires ha sobrepasado en extensión sus actuales límites municipales, transformados en barrios, los antiguos pueblos suburbanos, de predominante composición obrera, integran ya la gran ciudad, aunque administrativamente constituyan entidades autónomas.

Esto tiende a falsear la expresión política de la capital de la República.

Entregar a la ciudad sus barrios obreros es devolverle su verdadero rostro. No el falseado de los cómputos electorales, sino el que tuvieron sus calles hará pronto diez años.

Esta nueva realidad impulsará a alcanzar las verdaderas soluciones, esas que apuntarán al fondo mismo del problema, mediante la nacionalización de la tierra, base de sustentación de la oligarquía, y de los frigoríficos, para poner recien entonces en manos del país entero esas colosales concentraciones de poder económico y político, todavía en manos de enemigos del pueblo que son, al propio tiempo, amigos dilectos del imperialismo.

La Tragedia de la Revolución Rusa y el Stalinismo

por Juan Carlos Trejo

La revolución de 1917 triunfó en un país atrasado. Cien millones de campesinos, un alto porcentaje de analfabetismo, la podredumbre bizantina refugiada en la corona zarista, un proletariado reducido en el mar de la barbarie agraria, la dependencia industrial del capital anglo-francés, fueron rasgos del proceso histórico ruso que habrían de gravitar rudamente en los acontecimientos post-revolucionarios.

El partido bolchevique, dirigido por Lenin, tomó el poder en medio de la crisis profunda que la guerra imperialista había creado en la Rusia Zarista. Pero el partido dirigente sólo era una corriente política y en consecuencia su acción representaba únicamente el factor consciente en un proceso contradictorio influido por las condiciones del atraso nacional. Para Lenin como para Tratsky y los principales dirigentes de ese parti-

do, la atrasada Rusia podría realizar las tareas democráticas que la historia le señalaba (revolución agraria, liquidación del absolutismo, liberación de las nacionalidades oprimidas por el Imperio, República democrática) sólo si la revolución rusa encontraba un apoyo material en el triunfo de la revolución alemana y europea.

Una Alemania socialista, corazón industrial de Europa, les prestaría el auxilio de su técnica y permitiría a la Rusia bárbara planificar su economía y abrirse camino hacia el socialismo, en un superior nivel técnico. Pero la revolución alemana fué derrotada, lo mismo que los otros movimientos europeos. El cerco capitalista redujo a la Rusia soviética a la condición de una fortaleza sitiada. El partido bolchevique se encontró aislado en el inmenso país, diezmado sus cuadros

por la guerra civil, sostenida financieramente por Churchill y los generales blancos.

Las masas, fatigadas después de un período de heroica tensión de sus fuerzas, se desmoralizaron. Las penurias, el hambre, las dificultades crecientes de los problemas económicos, indicaron que se iniciaba un reflujo de la marea revolucionaria. Los pequeños burgueses que la revolución había asustado en el primer momento, ingresaron a los cuadros del aparato estatal, necesitado de administradores y técnicos. Los arribistas, fauna inevitable de las revoluciones triunfantes, encontraron cómodos empleos. El viejo revolucionario se hizo burócrata y las nuevas condiciones de existencia fueron cambiando su psicología. La generación más adulta pedía reposo. Los jóvenes ya no tenían contacto con las luchas del pasado, con las prisiones, con Siberia y con el "Knut". El escaso éxito de las revoluciones en el resto del mundo acentuaron el escepticismo creciente de las masas soviéticas. La NEP (nueva política económica) que impuso Lenin para estimular la economía paralizada, provocó el surgimiento del pequeño capitalista y del burgués campesino. Medida inevitable, tendió un nudo corredizo sobre el cuello de la revolución. Todos los factores del atraso técnico ruso se volcaron sobre el país aislado, haciendo del funcionario estatal un privilegiado. Pudo escribirse entonces que el burócrata en Rusia soviética no fué más que un "gendarme que repartía entre muchos el poco pan existente".

El desarrollo desmesurado de la burocracia aprisionó la voluntad revolucionaria de aquellos cuadros del partido que veían con desconfianza la ola de "aburguesamiento" general. Así fué como surgió una nueva capa social, designada con el nombre de "burocracia soviética". La burocracia se apropió de la renta nacional, desarrolló los privilegios latentes en una economía paupérrima, se aseguró la parte del león en el reparto y, en la medida que reposaba sobre la base de una revolución, tendió a usufructuarla, resistiendo simultáneamente la presión de la burguesía derrotada y la de las fuerzas revolucionarias que exigían su profundización.

La muerte de Lenin en 1924 simboliza el nacimiento de esa burocracia, que Stalin y el stalinismo encarnaron políticamente. El Thermidor comenzaba y la analogía histórica con la Revolución francesa no sería por cierto incompleta: la sangre habría de correr apenas diez años más tarde, en los Procesos de Moscú y en las represiones oscuras. De este modo trágico el capitalismo mundial, que había logrado sobrevivir, cercado a la Rusia revolucionaria, obtenía una victoria en el propio seno del nuevo Estado. Era la reacción, que en el proceso histórico acompaña inevitablemente a todo gran salto hacia adelante. El stalinismo fué la denominación ideológica de ese período reaccionario, mediante el cual la herencia feudal rusa y el imperialismo se cobraban la revancha de la derrota de 1917.

LA BUROCRACIA APLASTA A LA OPOSICION DE IZQUIERDA

La burocracia stalinista rusa debió enfrentarse con la Oposición de Izquierda, que agrupó en el partido bolchevique a los elementos más combativos de la juventud, a los héroes del Ejército Rojo, a los fundadores del partido, a los militantes de la vieja guardia. La propia viuda de Lenin, Krupskaya, se adhirió a esta corriente, que luchaba por la restauración de la democracia soviética, la represión del burocratismo, el respeto por las peculiaridades de las nacionalidades antiguamente oprimidas (humilladas por la camari-

lla stalinista) y por una línea revolucionaria de la Internacional Comunista. Pero la burocracia impuso el peso del aparato estatal e introdujo los métodos policiales en las discusiones del partido.

La Oposición de Izquierda fué aplastada sin debate, la maquinaria de propaganda del Estado dirigida contra ella, sus militantes desplazados de sus puestos, sus dirigentes encarcelados. León Trotsky, la cabeza más destacada de la Oposición, fué desterrado a Alma Ata, junto a la frontera China, más tarde desterrado de Rusia y finalmente asesinado por un agente de la GPU, en Méjico, en 1940. Los diez años anteriores habían sido consagrados por el stalinismo a manchar su honor revolucionario, acusándolo sucesivamente de "agente nazi", "agente japonés", "agente inglés" y "agente norteamericano". Sus compañeros, que constituían los últimos sobrevivientes de la generación revolucionaria que fundó el Estado soviético, fueron uno tras otro pasados por las armas bajo acusaciones infamantes. Los Procesos de Moscú (1936-1938) llevaron esta sangrienta represión a su fase más dramática.

EL STALINISMO CORROMPE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

El proceso de degeneración burocrática de la Unión Soviética abrazó irresistiblemente a la Internacional Comunista. Este organismo había sido fundado por Lenin y Trotsky como una tribuna de propaganda de las ideas del socialismo revolucionario, cuya difusión alcanzaría al mundo entero. Tenía como misión apoyar los movimientos revolucionarios de Europa próximos al triunfo. No aspiraba y no podía aspirar sino a cumplir esa función: para Lenin era inconcebible la propia existencia de la Unión Soviética bloqueada por el cerco imperialista, puesto que en ese caso estaría históricamente condenada. Un sistema u otro debían triunfar en definitiva. La Internacional Comunista, sin embargo, derrotadas las revoluciones europeas y aplastada en la Unión Soviética la Oposición de Izquierda, se transformó en una correa de transmisión de la política exterior soviética. Gigantesca oficina de propaganda, centralizó la orientación y la selección de los dirigentes de los Partidos Comunistas en todo el mundo, los creó donde no existían, anuló aquellos jefes independientemente elegidos por esos partidos, los sustituyó por otros de reconocida docilidad al gobierno ruso y modeló el movimiento comunista internacional a su imagen y semejanza. Este proceso de corrupción política y administrativa de la Internacional Comunista tuvo como propósito y como resultado aislar a los partidos comunistas de la realidad propia de sus países, subordinándolos a una "línea general", impartida desde Moscú de acuerdo a las cambiantes necesidades de la burocracia soviética en sus relaciones con las grandes potencias imperialistas. No analizaremos en este artículo la política seguida por la Internacional Comunista en cada país; nuestro objeto es estudiar el stalinismo en la Argentina.

Baste decir por ahora que los frenéticos virajes y zigs-zags del stalinismo internacional pertenecen a uno de los capítulos más trágicos en la historia moderna del movimiento obrero. La aventura en la revolución alemana; el fracaso en Estonia; la farsa del comité anglo-ruso en 1926; la espantosa derrota de la segunda revolución china en 1927 (gracias al apoyo otorgado por Stalin a Chiang-Kai-Shek); la traición al proletariado alemán en 1933, que abre el paso a las bandas de Hitler; la traición y el aplastamiento de la revolución española en 1936-1939; la política de los Frentes Populares a partir de 1935; Maurice Tho-

rez practicando la política de "la mano tendida" a los católicos franceses en 1936 y atando a los obreros de Francia de pies y manos; la idealización criminal del pacto nazi-soviético en 1939; el brusco cambio de frente en 1941 y su endiosamiento de las "democracias" imperialistas; y finalmente su disolución simbólica en 1943, gesto cortés de Stalin hacia Roosevelt que si no engañó al imperialismo, desorientó a los obreros, tales son las grandes líneas en la vida de este organismo internacional de provocación política. Digamos finalmente, que si la II Internacional, anestesiada por el desarrollo pacífico de la prosperidad capitalista no había tenido la menor influencia en la formación del partido bolchevique ruso, esto constituyó una inapreciable ventaja, pues este último pudo formarse así en una íntima compenetración con la realidad propia del pueblo y del proletariado de Rusia. La Tercera Internacional, en cambio, intentó crear y dirigir "desde arriba" a los partidos comunistas, convirtiéndolos en su mayoría, en agentes de la política rusa y en factores de provocación extranjera. Un partido obrero revolucionario no puede nacer, desarrollarse y triunfar sino dentro de las condiciones concretas de la lucha nacional en cuyo seno se desenvuelve. Es el propio régimen capitalista mundial quien fija estas condiciones y el "internacionalismo proletario" que pretenda substraerse a ellas, se imbuirá fatalmente de un contenido político reaccionario, proporcionado generalmente ya sea por el imperialismo o por la burocracia soviética. En la situación actual del mundo, un "internacionalismo" o una "internacional" que pretenda centralizar una lucha inexorablemente sometida a las particularidades nacionales, está de antemano condenada a jugar un papel reaccionario, provocador e en el mejor de los casos, confusionista.

En sucesivos artículos analizaremos el problema del internacionalismo obrero en nuestro tiempo y su verdadera aplicación a las grandes luchas entabladas entre el mundo colonial y las metrópolis imperialistas. Será también objeto de nuestro examen el papel que deben jugar los partidos revolucionarios en las metrópolis y el rol de la clase obrera en las colonias y semi-colonias.

EL STALINISMO EN LA ARGENTINA

El Partido Comunista nació en nuestro país como resultado de una escisión del Partido Socialista. Sus primeros años fueron una simple tentativa de difundir las ideas, las realizaciones y las figuras de la Revolución Rusa, que atraía en ese momento la apasionada atención del movimiento obrero mundial. El Partido Comunista se formó con los hombres procedentes de la izquierda socialista y del sindicalismo revolucionario, pero su evolución se vió trabada enseguida por dos factores: el primero, eran las condiciones específicas de la Argentina de esa época, en la cual el movimiento proletario estaba concentrado casi por entero en la ciudad de Buenos Aires y Rosario; la composición extranjera de la clase obrera, y la influencia ideológica del imperialismo en sus filas, perceptible en el pensamiento de Juan B. Justo y en general en la prédica puramente "socialista" de esos años, aislaban al movimiento comunista de los verdaderos intereses nacionales. Si la oligarquía vivía con los ojos puestos en los mercados europeos y en las ideas de París o de Londres, los comunistas hacían lo mismo: su nueva Roma era Moscú; este interés estaba justificado por la magnitud de los grandes acontecimientos de que era teatro la nueva Rusia. Pero determinaba inevitablemente una separación radical de los problemas argentinos, que no terminaban en el Ria-

chuelo, sino que abrazaban todo el territorio argentino y se enlazaban con el destino de América Latina. El segundo factor que conspiró desde su origen para impedir la formación en la Argentina de un auténtico partido obrero revolucionario, fué la evolución de la situación soviética, cuyos rasgos hemos rápidamente esbozado en las consideraciones anteriores. La Internacional comunista se burocratizó vertiginosamente. Pretendió constituir un cuerpo mundial férreamente centralizado, una especie de "comando supremo" del proletariado internacional, de cuyas oficinas rusas salían órdenes, planes estratégicos, orientaciones prácticas y resoluciones que cada "Sección Nacional" debía acatar y poner en práctica. Muy pronto esa "dirección internacional" seleccionaría por sí misma los "dirigentes nacionales", impondría sus recursos financieros ilimitados y su autoridad irrecusable, cubriendo su aventurerismo funesto bajo el pabellón de la "Revolución Rusa". Esto ocurría al mismo tiempo que la burocracia soviética naciente, bajo la jefatura de Stalin, estrangulaba el partido bolchevique ruso, maniatando la democracia soviética y desterraba a los fundadores del Partido y los caudillos de la Revolución. En la Argentina el proceso de burocratización y "rusificación" llegó a su fase más decisiva alrededor del año 1930. Ya Vittorio Codovilla, un ciudadano italiano encargado de las finanzas de ese partido, y Rodolfo Ghioldi, un maestro de origen socialista, habían merecido la confianza de la Internacional de Moscú y conservaban el control del partido argentino en sus manos. Un agente de la Internacional residía permanentemente en Buenos Aires o Montevideo y era el "medium" entre los burócratas rusos y los "jefes" del partido argentino. Así fué como el viejo caudillo Yrigoyen, acosado desde la derecha por la conspiración oligárquica e imperialista, era acusado "desde la izquierda" por Codovilla y Ghioldi, de "presidente fascista". La historia de las traiciones e infamias de este partido manejado desde Moscú llenaría un grueso volumen. Podemos decir que si en los diez primeros años de su vida política el Partido Comunista vegetó en la tarea de difundir las noticias y los discursos de los prohombres de la Revolución Rusa, durante el último cuarto de siglo se colocó activamente en el cuadro de la política argentina como agente directo y provocador de la diplomacia soviética. De manera invariable el stalinismo actuó contra los intereses del proletariado y del país. Si durante su período "ultraizquierdista" (que nunca volvió a repetirse, porque Stalin había perdido toda fe en el proletariado mundial) el stalinismo proclamaba en las calles porteñas la consigna "por una Argentina soviética", posteriormente pasaron de ese delirio a la formulación de una política sistemáticamente conservadora. ¿Cómo se expresó entre nosotros el "conservatismo stalinista"? ¿Cuál fué la base social y material de esa nauseabunda ideología liberal, "humana", "progresista", "sensata", "pacifista" que caracteriza desde hace 25 años, a pesar de todos los "virajes", al stalinismo? Por un lado, tenemos el espíritu neo-burgués de la burocracia soviética. Su estrategia internacional se mueve en el marco de hierro del "statu quo". Quiere la paz a toda costa. Su religión es la "coexistencia". La guerra pondría en juego su dominación. Está dispuesta, desde Stalin hasta Kruschchev, a ahogar a todas las revoluciones coloniales (si está en sus manos hacerlo) para lograr un acuerdo estable con el imperialismo. De ahí que el stalinismo en las metrópolis europeas sea un factor de negociación entre la burguesía del Viejo Mundo, que desconfía de las exigencias yanquis, y la burocracia soviética. En la Argentina, el stalinismo practicó la política del Frente Popular

con los "partidos democráticos". Estos partidos eran el alvearismo, el socialismo de Repetto, el demócrata progresista de Lisandro de la Torre, es decir, los partidos de la pequeña burguesía imperialista. De esta manera el Kremlin intentaba convencer al imperialismo anglo-francés de su buena voluntad para llegar a un acuerdo mundial; lo obligaba a esta maniobra la presencia amenazante de Hitler. La Argentina semi-colonial, explotada por Gran Bretaña, sufría las consecuencias. La "década infame" asistió a esta insuperable traición de los stalinistas, que suplantaron en el movimiento obrero la lucha contra el imperialismo por la "lucha contra el fascismo". Pero "los fascistas" eran los competidores europeos de Gran Bretaña. Los stalinistas se ponían al servicio del imperialismo inglés en la Argentina, lo cual no impidió que poco después el semanario stalinista "Orientación" descubriera la existencia del "imperialismo inglés" a raíz del pacto de Stalin con Hitler, pacto que desató la segunda guerra imperialista. Muy poco tiempo antes el stalinismo había enseñado sin éxito a los obreros argentinos que la próxima guerra estaría entablada entre la "barbarie fascista" y las "naciones democráticas". El acuerdo nazi-soviético alteró el esquema. Pero el ataque alemán a la URSS en junio de 1941 permitió al stalinismo buscar de nuevo el brazo de los "demócratas" pro-imperialistas de la Argentina. Fue ése el período de unión nacional contra el "eje nazi-fascista", de apoyo a Ortiz (el presidente "democrático") en el cual el stalinismo acusó de nazis a todos los revolucionarios que denunciaban el banditaje imperialista de esa guerra.

LA LUCHA CONTRA LA CLASE OBRERA: 1945

El movimiento de las huelgas generales de octubre de 1945 encontró su mayor enemigo en la

los socialistas y los stalinistas. Si Repetto no tuvo inconveniente en marchar junto a Codovilla, ello se debió a que los socialistas representan al imperialismo mientras que el stalinismo expresa la política del Kremlin. Los acuerdos o desacuerdos mundiales se reflejan inmediatamente en la Argentina. En 1945 los Cuatro Grandes parecían formar un bloque homogéneo. Entonces Stalin dejó las manos libres a Estados Unidos para intervenir en la política argentina. Se encontraron con la sorpresa de que la clase obrera no estaba dispuesta a dejarse negociar en la mesa de las grandes potencias. El stalinismo, por medio de Codovilla, agente en la Argentina de la policía rusa, contribuyó a cimentar la "Unión Democrática". Codovilla escribió su indigerible folleto "Batir al nazi-peronismo para abrir una era de paz y progreso". Antonio Santamarina, poderoso ganadero bonaerense, asistió sentado en primera fila, como invitado de honor, al mitin que el stalinismo realizó en el Luna Park a fines de 1945, para testimoniar la completa solidaridad de la oligarquía, el imperialismo y la burocracia soviética en la tentativa de aplastar la voluntad soberana del pueblo argentino. Rodolfo Ghioldi expresó en su discurso la complacencia con que veía la "envidiable conducta civil" de Santamarina. Estos son hechos incontestables que nadie podrá borrar jamás de la historia del movimiento obrero argentino.

Los diez años que siguieron a esa escandalosa traición son ricos en acontecimientos. En próximos artículos estudiaremos la política del stalinismo frente a los partidos imperialistas, su propaganda sobre la "reforma agraria", en la que coinciden con los radicales, interpretando los intereses de la "pampa gringa", es decir de la burguesía agraria (olvidándose de los obreros agrícolas), su negativa a considerar el problema de la unidad de América Latina, y otras consignas reaccionarias de este grupo al servicio de una potencia extranjera.

El Moralismo y la Utilización Imperialista de la Pequeña Burguesía

Reproducimos a continuación un penetrante artículo publicado en "Cadernos de Nosso Tempo" el año pasado, revista que aparece en Río de Janeiro.

Uno de los hechos más característicos de la vida pública brasileña en los últimos meses es la exacerbación y proliferación de los movimientos que se constituyen bajo la bandera de la recuperación moral. Como veremos seguidamente, tales movimientos, dentro de ciertas condiciones, constituyen, independientemente de sus vinculaciones de clase y de grupo, una saludable manifestación de inconformismo político o de ortodoxia moral, y a pesar de la alineación que grava todas las manifestaciones de moralismo político, son un importante factor para el mantenimiento de la vitalidad social. No es de esto, sin embargo, de lo que se trata en el actual caso del Brasil. Las cam-

pañías de moralización que ahora se desarrollan no son fenómenos correctivos marginales. Son movimientos que adquieren una intensidad y una extensión de gran proporción, al punto de constituirse en la forma más importante y activa de oposición al gobierno (omitida la oposición adhemarista, que es velada), pasando las campañas de moralización a sustituir, como instrumento de acción, al principal partido opositor brasileño —la UDN— y provocando efectos de tanto alcance como el reciente golpe blanco efectuado por los altos jefes del Ejército.

Cronológicamente, la actual marea de moralismo se originó en la lucha trabada contra el periódico "ULTIMA HORA" y su grupo. Convertido en escándalo nacional el "caso ULTIMA HORA", a través de una polémica en que los adversarios del referido vespertino movilizaron, para la lucha, todos los recursos publicitarios del país, coaligando la prensa, la radio y la televisión, se transformó ese

escándalo, igualmente, en el mayor problema brasileño. Con éste, se formó el clima para el moralismo. Todos los problemas nacionales fueron transferidos hacia el plano moral. Y en ese plano, polarizados en términos de mal y de bien absolutos. Todo lo que estaba ligado a "ULTIMA HORA" se transformó en mal absoluto. Todo lo que le era adverso, en bien absoluto.

Llegadas las cosas a este punto, resultó, como un efecto inevitable, que los hechos originarios de la polémica perdieran importancia, ultrapasando la dinámica del movimiento de moralización su objeto inmediato o aparente. No interesaba más el hecho de que el periódico "ULTIMA HORA", transferido a control de otro grupo, hubiese liquidado sus obligaciones con el Banco del Brasil, atendiendo así a lo que constituyera el motivo inicial de la protesta. Lo que ahora se propugnaba, para la campaña moralista, era la moralización de todo el país, entendida, naturalmente, según las normas fijadas por los propios moralizadores. De ahí la formación de otros movimientos, como la "Alianza Popular contra el Robo y el Golpe". De ahí la indefinida extensión de los propósitos moralizantes, que pasaron a encarar la deposición del Sr. Getulio Vargas —considerado fuente de todos los males del país, causa de todas las corrupciones y amenaza permanente para la legalidad— y lograron llevar a las fuerzas armadas a realizar un verdadero golpe blanco contra el presidente de la República, que sólo se mantiene en el gobierno en razón de las dificultades que experimentan los jefes militares para promover su sustitución sin alterar el régimen constitucional, pero que se encuentra, prácticamente, prisionero en Palacio.

Recorrieron así las campañas de moralización, en el espacio de algunos meses, un inmenso camino. Originadas en el modesto nivel de la lucha privada entre dos periódicos y acompañadas, al comienzo, por un público reducido, que seguía las peripecias de la polémica como un espectáculo divertido, lograron transformarse en un estado de espíritu de ámbito nacional, instrumentado por fuerzas poderosas y que ya ahora, en virtud del golpe efectuado por los altos jefes del Ejército contra el Sr. Getulio Vargas, ejercen casi abiertamente el control del país.

INFRAESTRUCTURA DEL MORALISMO

Las campañas de moralización son un fenómeno típicamente pequeño-burgués. La pequeña burguesía, sobre todo a partir de la mecanización del capitalismo, es la clase que maniobra los medios de producción sin tener su propiedad. Lo que caracteriza a las clases medias, por tanto, es su *status*. El pequeño burgués es un proletario con *status* asemejado al del burgués. Esa dependencia para con las *status* constituye, psico-socialmente, un poderoso condicionamiento para una visión idealista del Mundo, en el sentido marxista del término. En otras palabras, constituye un estímulo para acreditar que la voluntad es el fundamento único del ser. Las cosas son esto o aquello porque alguien así lo quiere. Siendo así, las cosas serán buenas cuanto más sean el producto de una voluntad honesta y esclarecida, o lo contrario. Todo depende, por lo tanto, de que los hombres que dirigen los acontecimientos sean buenos o malos. Tal es el fundamento del moralismo.

Lo que sean el bien o el mal es cosa que, en abstracto, interesa poco al moralismo. Conforme a las condiciones de espacio y tiempo, el moralismo tiene carácter dogmático o relativista. Pero el moralismo que estamos examinando, no es filosófico y sí político, aunque esas dos formas tienden a asociarse. Para el moralismo político, llamado

El Marxismo y Jorge Abelardo Ramos

por Alberto Methol Ferré
SEGUNDA EDICIÓN

La primera edición de este folleto se agotó en seguida. En pocos días más estará en la calle la 2ª edición.

El joven ensayista uruguayo Alberto Methol Ferré, consagra un interesante trabajo al estudio del pensamiento marxista aplicado a la realidad de América Latina. Sin ser marxista, Methol Ferré examina objetivamente esta doctrina, analiza su entronque con la vida argentina, la crisis del "socialismo europeizante", la impotencia stalinista y el surgimiento del poderoso movimiento intelectual marxista en la Argentina.

\$ 4.— m/n. el ejemplar

EDICIONES OCTUBRE

Adquiéralo en las buenas librerías o en
Ediciones Octubre, Florida 8, 1º piso.

OFICINA 105

a optar en condiciones concretas no importan, todavía, los problemas axiológicos y gnoseológicos del moralismo filosófico. Las definiciones del bien y del mal, en concreto, se hacen, en cuanto a la forma, según las creencias vigentes y, en cuanto al contenido según los intereses de clase de los grupos o de las personas. Lo que presta al moralismo su fisonomía particular, sin embargo, es el hecho de implicar, esencialmente, el desconocimiento de las motivaciones reales que condujeron a determinada opción. Las acciones son presentadas como practicadas por ser buenas en sí mismas y en función del bien absoluto que no por que atiendan a los intereses del agente. De ahí la necesidad de transportar todas las cosas al plano moral, una vez que, supuestamente, todas las opciones serían una elección entre el bien y el mal.

VARGAS Y LA PEQUEÑA BURGUESÍA

Esas características generales del moralismo, arriba indicadas, no bastan aún para explicar el surgimiento o el éxito de las actuales campañas de recuperación moral. Tanto más, dado que en el más superficial análisis de las fuerzas que promueven o ayudan esas campañas moralistas se verifica que tras ellas no se encuentran sólo pequeños burgueses, sino todo un sector de la burguesía brasileña —el más influyente y activo— que es el comercio.

Analizando las condiciones y causas del actual éxito del moralismo en el Brasil se verifica, en lo que respecta a las primeras, que ellas se relacionan con el creciente desajustamiento material y espiritual de las clases medias por la situación económica y social del país y la política del Sr. Getulio Vargas. Conforme lo habíamos previsto (Cadernos de Nosso Tempo, N° 1, pág. 96), el Sr. Getulio Vargas, a pesar de que por dos veces (1930 y 1937) debió a las clases medias la conquista del poder o su permanencia en el mismo, subestimó la importancia de esta clase y la necesidad de satisfacer sus exigencias mínimas. Económicamente, la pequeña burguesía —parte de la cual había vota-

do en 1950 al Sr. Getulio Vargas— se indispuso con el gobierno a medida que se fué acentuando la desproporción entre los sueldos de la clase media y el costo de la vida. En cuanto a los salarios del proletariado urbano, aunque con atraso en relación a los precios, fueron reajustados parcialmente, mientras que los sueldos de la clase media permanecieron estacionarios. Es cierto que durante el actual gobierno Vargas ya hubo un reajuste en los pagos a los empleados públicos, civiles y militares. Pero ese reajuste benefició, casi exclusivamente, a las capas inferiores de la clase media, hoy semiproletarizadas. Y es justamente en esas capas que persiste la popularidad del Sr. Getulio Vargas (en competencia con la del Sr. Adhemar de Barros), mientras que la hostilidad contra el mismo se hace sentir especialmente en las capas superiores de la clase media. En este sentido, es sintomático el hecho de que una de las más serias reivindicaciones contenidas en el memorial de los coroneles ha sido la de no permitir que los sueldos militares fuesen igualados a los salarios obreros. Además, la clase media, particularmente sus capas superiores, tiene una noción muy clara de que su problema económico no se resuelve mediante simples aumentos de sueldos, sino a través de una efectiva contención del proceso inflacionista o, por lo menos, mediante una equitativa distribución entre las clases sociales de las cargas de la inflación. La creciente pérdida de poder adquisitivo de los sueldos y el mantenimiento de un régimen económico dentro del cual todo el peso de la inflación recae sobre los rendimientos fijos suscitaron por lo tanto una profunda disconformidad de la pequeña burguesía contra el gobierno.

Esta disconformidad económica fué agravada por la orientación que viene adoptando la política del señor Getulio Vargas y por las contradicciones que la caracterizan. Mientras que de 1930 a 1942, el Sr. Getulio Vargas hizo una política de clase media, en el curso de su actual gobierno procuró atender, simultáneamente —y casi siempre contradictoriamente— a la patronal y al proletariado, predominando, durante el primer ministerio, la política patronal (a largo plazo, o Plan Lafer; a corto plazo, las facilidades de crédito dadas por el Sr. Jafet) y, en el actual ministerio, la política proletaria (formación de una CGT, prohibición de huelgas, elevación del salario mínimo).

En la primera fase del gobierno, la clase media sufrió las restricciones económicas dictadas por la política Lafer, sin beneficiarse de las facilidades propiciadas por el Sr. Jafet y sin tener siquiera la compensación espiritual de sentirse participe de un serio e inteligente esfuerzo de desarrollo económico. El gobierno aparecía, a sus ojos, bajo el contradictorio aspecto de un implacable mecanismo recaudador, avaro en la fijación de los vencimientos, y benevolente favorecedor de grupos, para los cuales distribuía bienes y facultaba negocios de que se hallaba excluida la clase media. De ahí el resentimiento que fácilmente pudo ser despertado contra el grupo Wainer, presentado como el prototipo de los beneficiarios de escandalosos favores gubernamentales.

En la segunda fase del gobierno, la actual, la clase media, siempre más angustiada económicamente, se encuentra con un gobierno que le apareció como interesándose solamente por el proletariado, que procura regimentar para fines electorales, en nombre de principios y según procedimientos que se le figuran subversivos. Educada por las tendencias fascistas de la era del 40, tradicionalmente hostil al proletariado, del cual se siente psicológica y socialmente más alejada cuanto más se le aproxima económicamente, la clase media ve al gobierno agitar las mismas banderas

que años atrás eran consideradas subversivas y contra las cuales el mismo Sr. Getulio Vargas, en 1937, convocóla para la lucha, instituyendo el Estado Novo.

Estas condiciones, por lo tanto, conducen a la clase media, material y espiritualmente, a divorciarse del Sr. Getulio Vargas y ponerse en actitud hostil al mismo. Aisladamente, sin embargo, esas condiciones no serían bastantes para provocar el éxito tan rápido y generalizado de las campañas de moralización. La causa de ese éxito acelerado y amplio fué el apoyo dado por las fuerzas latifundio-mercantiles, especialmente por estas últimas, a los movimientos moralistas (financiamientos, prensa, radio, televisión).

Diversamente de lo que pasa con la clase media, la burguesía, especialmente la burguesía mercantil, no es moralista por convicción. El sentimiento burgués de la vida reposa sobre la propiedad de los medios de producción y conduce, como ocurre con el proletariado que alcanza el nivel de autoconciencia, a una visión realista del mundo. Empero, el realismo burgués es psicológico, mientras que el realismo obrero es sociológico. Reducido a la condición de máquina que acciona máquinas, cuyo trabajo es una cosa que se compra y se vende, como las cosas que de él resultan, el proletariado, en la medida en que vence el entorpecimiento mental de su condición y llega a un razonable nivel de conciencia, concibe el mundo en términos realistas, pero orienta su realismo en términos sociológicos, porque su experiencia personal es la de la impotencia del individuo y la de su dependencia para con el medio social. Distintamente, la burguesía, cuyo realismo surge de la conciencia del poder condicionante de las cosas, desarrolla su realismo en términos psicológicos, porque su experiencia personal es la de la manipulabilidad de los negocios y de la medida en que éstos dependen de la capacidad individual o de las oportunidades favorables. Tal psicologismo se desarrolla especialmente en la burguesía mercantil, en la que el negocio surge desligado del proceso de producción de las cosas, mientras que la burguesía industrial contrabalancea su experiencia de la manipulabilidad de los negocios por su dependencia hacia los factores de la producción. Es sintomático de esa diferencia el psicologismo de la economía inglesa, calcada sobre todo de una experiencia comercial, y el sociologismo de la alemana, producto de una experiencia principalmente industrial.

Ahora bien, ese realismo de la burguesía y su variante psicologista de la burguesía mercantil, que es el sector dirigente de la burguesía brasileña, no conducirían a la burguesía a expresar, en términos moralistas, su antagonismo con el gobierno. ¿Por qué lo hace? La explicación de este hecho nos da la clave final para comprender la infraestructura de las actuales campañas de moralización. Esa explicación es muy simple y se resume en dos palabras: estrategia y táctica.

La burguesía mercantil, para la cual los orígenes populares de la elección del Sr. Getulio Vargas ya constituían una amenaza, se colocó como clase contra el gobierno a partir del momento en que, durante el ministerio precedente, se caracterizaron las intenciones dirigistas e intervencionistas de la actual administración. No importa el hecho de que el Sr. Jafet, por el Banco de Brasil, haya proporcionado excelentes negocios a diversos e importantes grupos de la burguesía mercantil. Los beneficiarios, o sus grupos, individualmente, quedaron solidarios con el gobierno mientras éste los favoreció.

Como miembros de la clase, sin embargo, participaron de la misma hostilidad general de la burguesía mercantil contra el gobierno, porque el di-

rigismo y el intervencionismo económico de éste constituía un obstáculo para sus pretensiones de lucro incontrolado.

Inaugurada la segunda fase del gobierno de Vargas, con el actual Ministerio, la burguesía mercantil, en el primer momento, manifestóse muy favorable a la nueva política económica instituida por el Sr. Osvaldo Aranha en nombre del liberalismo y de la libertad de comercio. Ese entusiasmo, no obstante, fué de corta duración. De un lado, porque el Sr. Osvaldo Aranha corrigió, en buena hora, los excesos mercantilistas de su plan, restaurando la selección gubernamental para las inversiones esenciales. De otro lado porque a medida que se aproximan las elecciones de octubre, la política del Sr. Getulio Vargas pasó a caracterizarse por sus tendencias laboristas. Se confirma así y se consolida la oposición de los intereses de la burguesía mercantil hacia la política del Sr. Getulio Vargas. Pues la burguesía mercantil, de todas las clases brasileñas (entendido el término en sentido restringido) es la que tiene mayor conciencia de sus intereses, la que se encuentra mejor organizada para defenderlos y la que dispone de más recursos para hacerlos valer. Esa es, sin duda, la razón por la que la burguesía mercantil, a despecho del extraordinario impulso de industrialización del país, ha conseguido mantenerse en la dirección social reduciendo a la burguesía industrial, contra los propios intereses de ésta, a la posición de caudataria del comercio. Así equipada, la burguesía mercantil pudo llevar adelante, con gran éxito, su esfuerzo de neutralización y de desmoralización del gobierno, esfuerzo que culminó en el golpe blanco de los coroneles (atrás de los cuales actuó un grupo de generales) y que está ahora orientado hacia la definitiva deposición del Sr. Getulio Vargas.

No podía el comercio, sin embargo, luchar contra el gobierno en nombre de sus propios intereses. Estratégicamente, se empeñó la burguesía mercantil en conquistar el apoyo de una clase combativa e influyente, utilizándola como masa de maniobra. Esa clase sólo podía ser la pequeña burguesía. Tácticamente, era indispensable utilizar las consignas que fuesen capaces de movilizar a las masas pequeño-burguesas y conseguir, especialmente, la adhesión del sector militar de la clase media. Esa táctica sólo podía ser el moralismo. Y ahí se encuentran las razones profundas de la activa participación de la burguesía mercantil en los movimientos de recuperación moral, participación esa que podría, a primera vista, causar una natural extrañeza, ante la paradoja de la bandera de la moralidad siendo desplegada por los comerciantes. Atrás de ese moralismo, mientras tanto, el comercio defiende propósitos muy realistas e inmediatos. Evidentemente, como siempre ocurre en tales circunstancias, gran parte, si no la mayoría de la burguesía mercantil no tiene perfecta conciencia de su propia duplicidad ni se da cuenta de que el moralismo que profesa para oponerse al gobierno, es el que no profesa en sus propios negocios y en sus demás actividades, y un instrumento ideológico al servicio de sus propios intereses.

Esto no importa. Lo que importa es la verificación a que se llega, mediante un análisis objetivo de los hechos, de que, al movilizarse contra la CEXIM, bajo la alegación de que ésta era un mecanismo de la corrupción del gobierno, lo que realmente importaba al comercio no era la corrupción de aquel órgano, corrupción además sólo posible porque de ella era agente y beneficiario el propio comercio. Lo que importaba, para el comercio, era la extinción de los controles gubernamentales, era el libre acceso a los saldos de cambios de la exportación, de manera de permitir

lucros mayores y más fáciles. Y como hoy no sería ya posible, a despecho de las desesperadas tentativas que se vienen haciendo para restaurar el liberalismo, combatir los controles gubernamentales en nombre de un supuesto derecho natural a la libertad de comercio, se da la necesidad de prestar a la lucha contra el dirigismo estatal la apariencia de una reivindicación moralista contra la corrupción de los agentes del poder público. No es otra la razón por la cual la burguesía mercantil, a través de la prensa —de que tiene el control absoluto, por ser la principal fuente de publicidad— haya procurado generalizar la teoría de la "corrupción del Estado" a fin de obligarlo a suspender todas las formas de control y de intervención en la economía.

MORALISMO Y ALIENACION

Surge el moralismo, como ya se indicó, de una concepción idealista del mundo, según la cual la voluntad es el fundamento del ser, razón por la cual las relaciones sociales dependerían de las decisiones individuales de los dirigentes. De ahí la transposición de todas las cosas hacia el plano moral y su juzgamiento en términos de bien o de mal. De ahí, por otro lado, la recíproca de que toda visión moral de las acciones humanas se debe realizar en términos moralistas, o sea, en términos de bien o mal absolutos.

No es éste el lugar para criticar, teóricamente, el moralismo político. Límitémonos a señalar que, desde el punto de vista de la sociología del conocimiento, el moralismo político representa una superestructura ideológica de la clase media. Considerado en base de sus postulados, el moralismo político sufre las limitaciones originadas en el idealismo de sus presupuestos, ignorando lo que Scheler denominaba condicionamientos reales de la vida social.

En verdad, como lo presienten los moralistas, las relaciones políticas presentan, también, una dimensión moral y no pueden ser juzgadas sin referencia a esa dimensión. A ese respecto, con todo, hay que hacer dos importantes reservas a la colocación moralista del problema. La primera respecto a la fundamentación de los hechos políticos. Diversamente de lo que juzgan los moralistas, los fenómenos políticos no se originan exclusiva e incluso principalmente en las manifestaciones de la voluntad individual, sino de un sistema de causas y condiciones dentro del cual la voluntad individual es apenas un factor y un factor en gran medida condicionado. La segunda reserva se relaciona con la valoración moral de las manifestaciones de voluntad. El elemento moral, en las relaciones políticas, no constituye una opción entre el bien y el mal absolutos. Lo que es absoluto, en la opción moral, es la elección entre fines que se presentan en el mismo plano de condicionamiento, para la voluntad, y la elección de medios que se presentan en el mismo plano de eficacia posible, para la razón. Tanto los fines como los medios, sin embargo, están condicionados. Ese condicionamiento, externamente al agente, surge del sistema de creencias vigentes (condicionamiento ideal), de las condiciones económico-físicas del medio social y natural (condicionamiento real) y de las posibilidades de interferencia (condicionamiento por el azar). Internamente, el condicionamiento resulta de la estructura psico-física de la personalidad del agente.

Si examinamos, a la luz de estas brevísimas indicaciones, el objeto inmediato y aparente de las campañas de moralización que ahora se desarrollan en el Brasil, veremos que ellas tienen una justificación parcial, en la medida en que acusan la inautenticidad de la acción político-administra-

tiva del gobierno. Sean cuales fuesen los presupuestos ético-filosóficos a la luz de los cuales se considere la acción político-administrativa del actual gobierno es innegable, en el plano puro de la sociología moral, que tal acción, de un lado, es susceptible de críticas, en el sentido de que permite, y a veces da la ocasión, a actos de favorecimiento a personas o grupos, contrariando principios morales dotados de vigencia media en nuestro país. De otro lado resalta, todavía más, el hecho de que el gobierno padece de toda clase de contradicciones en sus relaciones con los diversos estratos de la población e inclusive en las relaciones internas de los miembros y órganos del gobierno, unos con otros. Tales hechos perjudican la autenticidad del gobierno en el sentido de que afectan la validez de su poder y reducen en mucho la eficacia de su acción, retirándole las condiciones de ejemplaridad y representatividad de que necesita para apoyar, con el máximo de consenso, el ejercicio de sus funciones de comando.

¿MORALISMO SIN REVOLUCION?

Ocurre, además, que el moralismo, parcialmente justificable en los límites arriba mencionados, es inducido a error y se torna asimismo inauténtico al ignorar el inmenso margen de condicionamiento que limita la capacidad de autodeterminación del gobierno y al presumir, de un lado, que se deben a los errores o a malicia del gobierno las limitaciones de que padece el propio gobierno y, del otro lado, que la simple mudanza de hombres importaría un completo cambio de la situación.

En verdad, omitidas las variantes individuales, que en una visión macroscópica, pierden importancia, la acción del gobierno, inclusive en el plano en que es susceptible de apreciación moral, refleja condiciones reales e ideales a ella anteriores y sobre las cuales la voluntad individual de los gobernantes nada puede hacer. Las prácticas de favorecimiento indebido, que tanto escandalizan a los moralistas, son el producto de la política de clientela, que proviene del sub-desarrollo, que se origina, a su vez, en el régimen vigente de explotación económica. La falta de sistema y de eficacia gubernamental, que tanto hacen vociferar contra la interferencia económica del Estado, son el producto de un Estado expedientista que proviene del mismo subdesarrollo, oriundo, igualmente, de la actual economía de ex-

plotación. Si es legítimo y socialmente provechoso protestar contra esas manifestaciones de inautenticidad gubernamental, tal protesta sólo tiene sentido en la medida en que, partiendo del diagnóstico de inautenticidad del gobierno, se profundice hasta las causas y condiciones de esta inautenticidad y tienda a promover las modificaciones estructurales capaces de suprimir los factores que la provocan. Es justamente ésto lo que deja de hacer el moralismo. Inconsciente de los factores condicionantes del proceso político, erige los síntomas en causas y de esta forma se restringe a la crítica individual de los gobernantes y de sus actos. Tal es el motivo por el cual, en el caso brasileño, todos los males que padece el país son atribuidos a la malicia del Sr. Getulio Vargas, lo que, exasperándose el clima moralista, condujo al propósito, parcialmente realizado, de destituirlo ilegalmente del poder.

Lo que hay de grave en esa colocación, sin embargo, no es sólo ni principalmente el hecho de violar el orden legal. Considerado en sí mismo, el orden legal es adjetivo y se limita a prestar valor jurídico a situación vigente de hecho y el equilibrio de fuerzas en que tal situación de hecho se expresa. Lo que tienen de grave las manifestaciones moralistas es su carácter alienante. Pues, al embestir contra los gobernantes, bajo el fundamento de que son viciosos y malos, y al proponerse sustituirlos por otros, las clases medias, ipso facto, dejan intactas las condiciones mismas en virtud de las cuales se encuentran material y espiritualmente desajustadas. Por este motivo, el moralismo sólo tiene sentido para los que lo manipulan tácticamente, o sea, para aquellos que, estando realmente interesados en mantener la situación vigente, o sea, en el fondo, un determinado régimen socio-económico de producción, pretenden obtener mejores condiciones de usufructo de sus privilegios o asegurar la mantención de los existentes.

Las actuales campañas de moralización, por lo tanto, son, en última instancia, un movimiento por el cual la burguesía mercantil utiliza, para sus propios propósitos, el idealismo de las clases medias, alienándolas en una falsa revolución, cuyo éxito importaría consolidar las condiciones que aseguran el predominio de la burguesía mercantil y la explotación de las clases media y proletaria, con el inevitable agravamiento de la inautenticidad del Estado y del gobierno.

por otra parte, es descubrir la combinación particular de estas leyes en cada país dado.

"La humanidad actual, sin excepción alguna, desde los obreros británicos hasta los nómades etíopes, están viviendo bajo la opresión del imperialismo. Es imposible olvidar esto un sólo instante. Pero ello no significa, de ninguna manera, que el imperialismo se manifieste en todos los países del mismo modo. No: Ciertos países son campeones del imperialismo y los otros son sus víctimas. Esta es la línea fundamental de demarcación entre las naciones y los estados contemporáneos. Es desde este punto de vista y solamente desde él que se debe considerar en particular la cuestión tan actual del fascismo y de la democracia.

"La democracia para México, por ejemplo, significa el esfuerzo de un país semicolonial por

arrancarse de una dependencia servil, entregar la tierra a los campesinos, elevar a los indios a un nivel más alto de civilización, etc. En otras palabras, las tareas democráticas de México tienen un carácter progresivo y revolucionario. Pero ¿qué significa la democracia en Inglaterra? Mantener lo que existe es decir, ante todo la dominación de la metrópoli sobre las colonias. Lo mismo para Francia. La bandera de la democracia cubre en este caso la dominación imperialista de una minoría privilegiada sobre una mayoría oprimida.

"Exactamente, de la misma manera, es imposible hablar de "fascismo" en general. En Alemania, Italia y Japón, el fascismo y el militarismo son el instrumento de un imperialismo ávido, hambriento y, por consiguiente, agresivo. En los países latinoamericanos el fascismo es la expresión de la dependencia más servil hacia el imperialismo extranjero. Es necesario saber descubrir bajo la forma política el contenido económico y social.

"La conclusión de todo esto es la siguiente: es imposible luchar contra el fascismo sin luchar contra el imperialismo. Los países coloniales y semicoloniales tienen que luchar ante todo contra el imperialismo que los oprime directamente, independientemente de que lleve la máscara del fascismo o de la democracia.

"En los países de Latinoamérica, el mejor método, el más seguro de luchar contra el fascismo es la revolución agraria. Es solamente debido a que México ha dado en este camino pasos importantes que la revolución del general Cédillo quedó aislada. Al contrario, las derrotas crueles de los republicanos en España se explican solamente por el hecho de que el gobierno de Azaña, en alianza con los stalinistas, aplastó la revolución agraria y el movimiento independiente de los obreros españoles. Una política socialconservadora y más aún si es reaccionaria significa, en el pleno sentido de la palabra, la traición a la independencia nacional".

Los agentes de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Lewis, Joubcaux, Lombardo, Toledano, los stalinistas, tratan de sustituir la lucha contra el imperialismo por la lucha contra el fascismo. Hemos observado sus esfuerzos criminales en el reciente Congreso contra la guerra y el fascismo. En los países de la América Latina los agentes de los imperialistas "democráticos" son especialmente peligrosos, desde que son más capaces de engañar a las masas que los agentes declarados de los bandidos fascistas.

Tomaré el más simple y demostrativo ejemplo. En Brasil existe hoy un régimen semifascista que ningún revolucionario puede ver sino con odio. En 1938, Vargas ejercía una dictadura antiobrero de caracteres brutales. En 1945, buscó el apoyo de masas y fué derribado por un golpe militar imperialista. Supongamos, sin embargo, que mañana Inglaterra entrara en un conflicto militar con el Brasil. Yo le pregunto: ¿de qué lado del conflicto estará la clase obrera? Le contestaré por mí mismo personalmente: en este caso yo estaré de parte del Brasil "fascista" contra la Inglaterra "democrática". ¿Por qué? Porque en el conflicto entre esos dos países no será una cuestión de democracia o fascismo. Si Inglaterra triunfara pondría otro dictador fascista en Río de Janeiro y colocaría una doble cadena alrededor del Brasil. Si por el contrario, el Brasil fuera el que triunfa, ello daría un poderoso impulso a la conciencia nacional y democrática del país y llevaría al derrocamiento de la dictadura de Vargas. La derrota de Inglaterra, al mismo tiempo, daría un golpe al imperialismo británico e impulsaría el movimiento revolucionario del proletariado inglés.

LA CORRESPONDENCIA Y GIROS A LA REVISTA "IZQUIERDA"

Comunicamos a nuestros lectores, que toda la correspondencia relacionada con la Redacción de "IZQUIERDA" y los giros enviados a la Administración de la misma deben ser remitidos a CASILLA DE CORREO 240, Correo Central, Capital Federal.

Verdaderamente, hay que tener la cabeza vacía para reducir los antagonismos mundiales y los conflictos militares a la lucha entre fascismo y democracia. Bajo cualquier máscara hay que aprender a distinguir a los explotadores, dueños de esclavos y ladrones.

En todos los países latinoamericanos, los problemas de la revolución agraria están indisolublemente conectados con la lucha antiimperialista. Los stalinistas están hoy traidoramente paralizándolo una y otra. Para el Kremlin, los países latinoamericanos son poca cosa en su trato con los imperialistas. Stalin dice a Washington, Londres y París: "reconocedme como un socio en igualdad de condiciones y os ayudaré a aplastar el movimiento revolucionario en las colonias y semicolonias; para eso tengo a mi servicio centenares de agentes como Lombardo Toledano". El stalinismo ha llegado a ser la lepra del movimiento liberador mundial.

Dado que el papel principal en los aíses atrasados no lo desempeña el capitalismo nacionalista sino el capitalismo extranjero, la burguesía del país, en lo que respecta a su situación social, ocupa una posición mucho menos importante que la correspondiente al desarrollo de la industria. Teniendo en cuenta que el capitalismo extranjero no importa obreros, sino que proletariza a la población nativa, el proletariado del país comienza bien pronto a desempeñar el papel más importante en la vida de la Nación. En estas condiciones, el gobierno nacional, en la medida en que procure resistir al capitalismo extranjero, está obligado en mayor o menor grado a apoyarse en el proletariado. Por otra parte, los gobiernos de esos países atrasados que consideran inevitable o más provechoso marchar hombro contra hombro con el capitalismo extranjero, destruyen las organizaciones obreras e implantan un régimen más o menos totalitario. Así la debilidad de la burguesía nacional y la ausencia de una tradición de gobierno comunal propio, la presión del capitalismo extranjero y el crecimiento relativamente rápido del proletariado minan las bases de cualquier clase de régimen democrático estable. Los gobiernos de países atrasados, es decir, coloniales y semicoloniales, asumen en todas partes un carácter bonapartista o semibonapartista; difieren uno de otro en esto: que algunos tratan de orientarse en una dirección democrática, buscando apoyo en los trabajadores y campesinos, mientras que los otros instauran una forma de gobierno cercana a la dictadura policía-militar. Esto determina asimismo el destino de los sindicatos. Ellos están bajo el patronato especial del Estado o sometidos a cruel persecución. El tutelaje por parte del Estado está dictado por dos tareas que éste tiene que afrontar: 1): Atraer a la clase obrera, ganando así un apoyo para su resistencia contra las pretensiones excesivas de parte del imperialismo; 2): al mismo tiempo, regimentar a los trabajadores poniéndolos bajo el control de una burocracia.

Bonapartismo e Imperialismo

por León Trotsky

León Trotsky, que junto con Lenin, Rosa Luxemburgo, Carlos Liebknecht y Franz Mehring es uno de los grandes maestros del socialismo revolucionario mundial, vivió durante su penoso exilio tres años en México, que en esa poca atravesaba un período de su revolución democrática bajo la jefatura del General Lázaro Cárdenas. En ese país hermano tuvo oportunidad de estudiar y profundizar la política nacional del marxismo en América Latina. De sus importantes escritos sobre el tema hemos seleccionado tres fragmentos que reputamos de interés para nuestros lectores. Como se sabe, León Trotsky fué asesinado en México en 1940, por un agente de la GPU, policía política de Stalin.

"En la política, lo más importante y lo más difícil, según mi concepción, es establecer, por una parte, las leyes generales que determinan la vida y la lucha en todos los países del mundo actual;

Servicio de Librería de EDICIONES OCTUBRE

DIEGO RIVERA Y EL ARTE EN LA REVOLUCION MEJICANA, por <i>J. E. Spilimbergo</i>	7.—	HISTORIA DE LA REVOLU- CION RUSA (Tomo I), por <i>León Trotsky</i>	25.—
VIDA Y MUERTE DE TROTS- KY, por <i>Victor Serge</i>	28.—	¿ADONDE VA INDOAMERICA?, por <i>Haya de la Torre</i>	12.—
EL CASO TULAEV, por <i>Victor Serge</i>	60.—	STALIN Y LA BUROCRACIA CONTRARREVOLUCIONA- RIA, por <i>H. García Ledesma</i> ..	7.—
CRISIS Y RESURRECCION DE LA LITERATURA ARGENTI- NA, por <i>Jorge Abelardo Ramos</i>	9.—	LISANDRO DE LA TORRE Y LA PAMPA GRINGA, por <i>H. Gar- cía Ledesma</i>	8.—
EL PORVENIR DE AMERICA LATINA, por <i>Manuel Ugarte</i> ..	16.—		

PEDIDOS Y GIROS A:
EDICIONES OCTUBRE

FLORIDA 8 - 1er. PISO - También en: AUSTRIA 2156 - BUENOS AIRES
OFICINA N° 105